
Algunas Precisiones sobre las cerámicas del Bronce final en Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla).

En el número 47 de esta revista se publicó un trabajo de María Milagrosa Ros Sala (1990) sobre las cazuelas carenadas aparecidas en la necrópolis del «Poblado», en el que se vierten ciertas valoraciones sobre la documentación planimétrica de la tumba 70 que excavamos en 1985 y la interpretación de algunos aspectos de la misma que efectuamos en la publicación monográfica editada en 1987 (Iniesta, Page del Pozo y García Cano, 1987).

Sin querer entrar en polémica sobre el fondo del artículo que nos parece adecuado, si consideramos conveniente precisar, por su interés para una correcta interpretación de las distintas fases de ocupación del yacimiento y del contexto de los materiales estudiados por la dra. Ros, algunos datos sobre la procedencia de las cerámicas y la secuencia estratigráfica en la que se inserta.

Los trabajos en el yacimiento se iniciaron de forma sistemática por la Universidad de Murcia a partir de 1977 bajo la dirección de la Dra. Muñoz Amilibia y nuestra desde 1984, contando con un equipo de investigación homogéneo del que lamentablemente nunca formó parte la dra. Ros. En 1983 le fueron proporcionadas no obstante para su estudio las cerámicas del Bronce Final aparecidas en esta necrópolis hasta esa fecha, materiales que aún permanecen en su poder.

Si bien había algunos datos aislados sobre la existencia de fases de ocupación previas a la facies ibérica del yacimiento, los primeros testimonios más definidos se obtuvieron en la campaña de 1982 en la necrópolis del «Poblado» al limpiar por su cara suroeste el túmulo principesco nº 1. En la cuadrícula 1-2-3-4 se constató bajo el nivel de necrópolis ibérica de fase plena, un nivel anterior al uso como cementerio del área adscribible a un Bronce Final Pleno. Entre los materiales aparecidos en este nivel y campaña se encuentran al menos dos de las piezas reproducidas por Ros Sala (1990: fig. 2) (1), quien erróneamente las asigna a la campaña de 1983 y las considera como a todo el conjunto publicado aparecidas «bajo zócalo de la tumba principesca nº 1».

En la campaña de 1983 se limpió el ángulo norte del túmulo principesco nº 1, volviendo a identificarse un nivel previo a la fase ibérica exterior al túmulo en el ángulo 6 del cuadro 2-6-E-E' en el que se documentaron junto a cazuelas carenadas como el nº NB-4234, vasos de fondo plano como los nº NB-4345 y 4346 entre otros. Bajo el túmulo tanto en el cuadro 26-E-E' como en el 2-6-W-W' el estrato superior de los niveles anteriores al período ibérico se encontraba alterado por las remociones hechas para introducir las incineraciones ibéricas, produciendo un estrato que en ambos cortes se identificó como estrato III en el que había cerámicas pertenecientes a ambos momentos, no llegando a excavar los niveles del Bronce Final inalterados. De los materiales exhumados pueden señalarse junto a bordes de cazuelas carenadas, grandes vasos con tetones y otros carenados, vasos de fondo plano y vasos con decoración de unguilaciones sobre el labio del borde o en cordones aplicados nº NB-4243, 4247, 4354, 4365, 4370 y 4378.

También en esta campaña se identificó un gran muro reutilizado en los zócalos de la tumba principesca nº 1 y sepultura 70 que se relacionaba con el nivel del Bronce Final documentado en 1982. Una estratigrafía efectuada en el «pasillo» entre los encachados de ambas tumbas proporcionó para el exterior de este muro una

(1) Corresponden respectivamente a las piezas numeradas como 1/COI y 3/COI. Aunque en este trabajo no se citan los números de inventario general de la necrópolis con iban sigladas las cerámicas y no contamos con el material hemos podido identificarlas con los nº NB-2766 y 2767 aparecidos el 20.7.82.

secuencia estratigráfica con materiales muy atomizados, pero con indudable filiación preibérica destacando la presencia en su fosa de fundación junto a cerámicas a mano y abundantes lascas de sílex una pequeña lámina de hierro.

La continuación de este muro pudo estudiarse en extensión en la campaña de 1985 con la excavación de la tumba 70 (Fig. 1), que lo reutilizaba a lo largo de una de sus caras perimetrales, vislumbrándose su continuación por debajo de la tumba principesca nº 1. En la publicación de la tumba 70 avanzamos una posible interpretación de este muro como una muralla del Bronce Final, lo que nos parece aceptable a nivel de hipótesis si tenemos en cuenta, que no se relaciona con estructura alguna transversal, que presenta un aparejo en buena medida ciclópeo, que determina en la estratigrafía general de la necrópolis un claro escalón entre los supuestos espacios intra y extramuros y que topográficamente obedece a una lógica defensiva al cerrar la entrada desde la vaguada de acceso al yacimiento a la ladera donde se ubicará el Poblado, que en época ibérica trasladará su línea de muralla a un punto más alto de dicha pendiente aunque con idéntica orientación.

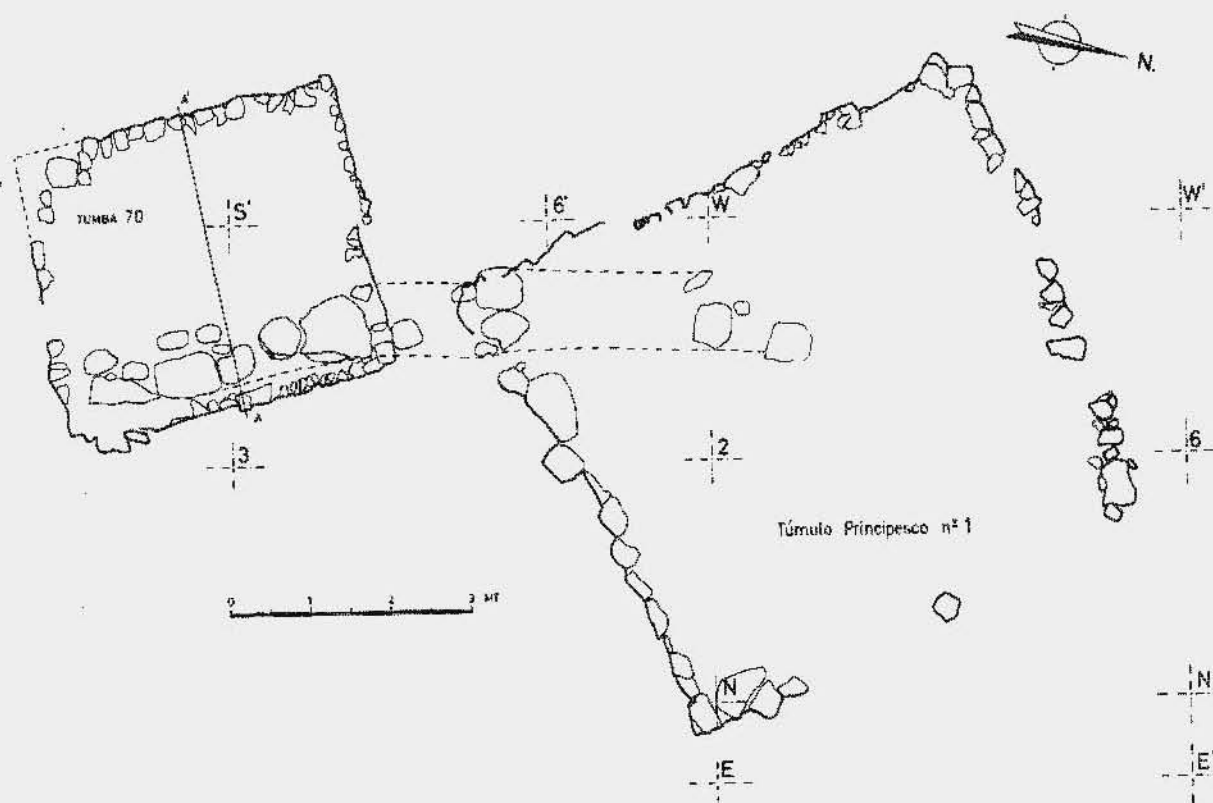


FIG. 1.—Disposición perimetral de los encajados de las tumbas principescas y orientación del muro del Bronce Final de la necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia).

Suponemos que las opiniones de la Dra. Ros Sala sobre «que la existencia del tramo de muralla no concuerda con la información que refleja el perfil estratigráfico, que se acompaña en la figura 1, ni sus interpretaciones ni la orientación topográfica del muro avalan dicha hipótesis» se deben a una confusión por su parte de la topografía del yacimiento y de la exacta ubicación dentro de la misma de los encajados de piedra ibéricos y el hipotético muro o muralla del Bronce Final, lo que podría deberse a su no participación durante los trabajos de excavación y no haber visitado posteriormente el yacimiento en compañía de ninguno de los integrantes del equipo de excavación de la tumba 70 (Fig. 2).

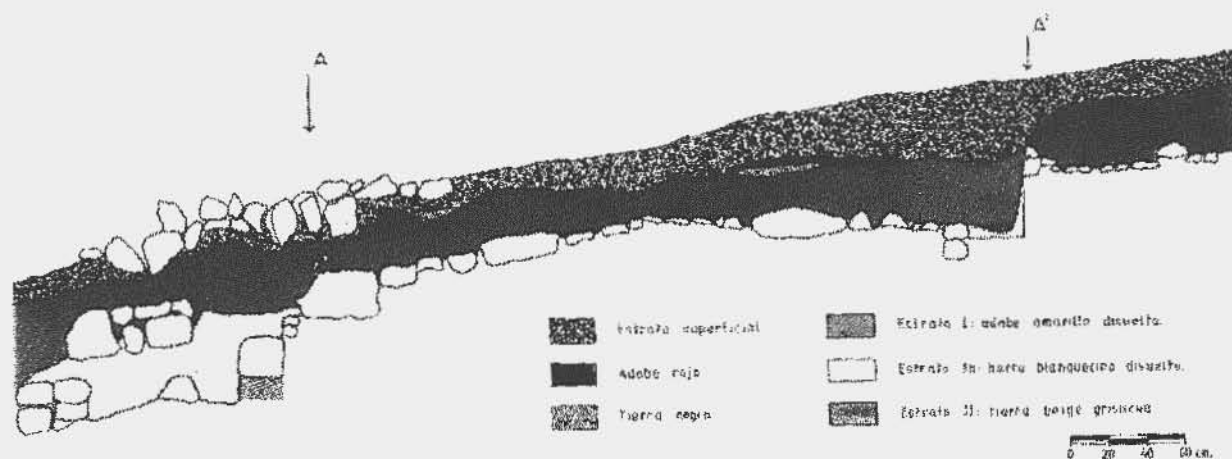


FIG. 2.— Perfil estratigráfico A-A' del Túmulo de la tumba 70 de la necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia).

JOSE MIGUEL GARCIA CANO
(Museo de Murcia)

ANGEL INIESTA SANMARTIN
(Centro Regional de Arqueología)

VIRGINIA PAGE DEL POZO
(Museo de Murcia)

BIBLIOGRAFIA

- INIESTA, A.; V. PAGE DEL POZO y J. M. GARCÍA CANO (1987): *La tumba 70 de la necrópolis del Poblado. Excavaciones Arqueológicas en Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla)*. Murcia.
- ROS, SALA, M. M. (1990): «Datos para una definición del Bronce Final Pleno en el altiplano Yecla-Jumilla: Las cazuelas carenadas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla)». *Trabajos de Prehistoria*, 47: 351-362.

ALCINA FRANCH, José: *Arqueología antropológica*. Madrid: Akal Universitaria, Serie Arqueológica, 1989, 223 pp., con fotografías. ISBN: 84-7600-480-X.

Las primeras impresiones que suscita la lectura de este libro no se reducen meramente a sus contenidos, sino que se extienden a la situación de la arqueología española contemporánea y a la posición de su autor dentro de ella.

En este contexto puede considerarse el libro de José Alcina como un eslabón más que por algún lado puede venir a cerrar la cadena de una serie de obras suyas, y no sólo escritas, emprendidas con el objetivo de introducir en su cátedra y en la arqueología española las tendencias teóricas según las que se dirigía la

arqueológico en nuestro país ha tenido, en primer lugar, una vertiente docente de importancia (el gran valor de la enseñanza en la carrera profesional de J. Alcina puede contrastarse en su reseña bibliográfica, aparecida en *Anthropos*, 1987). La defensa de la arqueología antropológica, la necesidad de un marco epistemológico en que asentar las bases para una arqueología científica, la introducción de análisis etnológicos y etnohistóricos en el trabajo arqueológico, son argumentos utilizados por el profesor Alcina en sus clases de la Universidad ya desde los años setenta. Estos principios fueron expuestos también en importantes artículos (Alcina, 1973, 1974, 1975) y aplicados en un ambicioso proyecto de investigación dirigido por él mismo en Ecuador (Alcina, 1979). Finalmente, y cerrando el ciclo de docencia e investigación, en las revistas de los órganos de difusión del Departamento de Antropología Americana de la Universidad Complutense es donde aparece con toda claridad la impronta innovadora, cuando se publican entre 1970 y 1973, sobre todo en *Cuadernos de Antropología Social y Etnología*, una serie de artículos programáticos de los autores de la «revolución» científica producida en la década anterior (trabajos de Binford, Chang, Fritz y Plog, Klejn, McWhite, Palerm, Sanders, Steward, Trigger, Willey, Wittfogel, etc.).

Han pasado ya casi dos décadas desde que Alcina, y otros con él, introdujeron en nuestro país el conocimiento de las «nuevas» tendencias en arqueología. Por tanto, como él mismo dice, los ensayos que constituyen el libro aquí reseñado ya no son novedad. Pero, paradójicamente, también tiene razón cuando escribe que «hablar de “arqueología antropológica” en España, hoy, puede parecer todavía “revolucionario” o, si se quiere, “escandaloso”. Es algo así como empezar a echar piedras en un estanque tranquilo» (p. 7). Porque la situación general de la investigación arqueológica (dejando de lado la llamada arqueología «clásica», que sigue derroteros muy diferentes, y centrándonos en la prehistórica) está todavía bastante lejana de los cambios y desarrollos que los artículos de Alcina preconizaban en los años setenta —al menos en los aspectos teóricos que son, al fin, los que definen el cientifismo de una disciplina. Aunque quizá ahora el estanque no está ya tan tranquilo; uno de los objetivos del autor es «inquietarlo» y hacer ver a la comunidad de arqueólogos españoles el «desfase» en que su manera de desarrollar el trabajo se encuentra con respecto a las corrientes vivas en otros países.

Ahora bien, la situación que se plantea, es decir, la existencia de una línea «moderna» seguida por arqueólogos americanistas, explicable en gran parte, y ello sin menoscabo alguno de su mérito, por su contacto en la investigación con los colegas del otro lado del Atlántico (en su parte norte), que, sin embargo, no consiguió calar en su momento entre los prehistoriadores, bastante más abundantes y con mucha mayor influencia en la investigación nacional, y que han seguido un camino paralelo caracterizado en general por el atraso (o si queremos, conservadurismo) teórico, el predominio del empirismo y el particularismo en su investigación, todo ello nos debería llevar a preguntarnos cuál es la causa de la tranquilidad excesiva del estanque.

En la actualidad, iniciada la última década del siglo, la arqueología española que se lleva a cabo presenta signos inequívocos, por fin, de renovación teórica y metodológica, con un paradigma que progresivamente está llegando a ser dominante (el ecológico-cultural de la ya antigua «Nueva Arqueología»), al igual que en la mayoría de las restantes naciones, junto con sectores más conservadores adscritos todavía al historicismo y otros, autoproclamados «post-modernos», que se inician en la competición profesional con esa confusa mezcla entre estructuralismo, neomarxismo y activismo político que se ha dado en llamar «arqueología radical». Pero lo que nos interesa al comentar este libro de Alcina es analizar por qué se perdió la ocasión de incorporarnos al carro internacional hace dos décadas, y hubo que esperar a la mucho más lenta llegada de publicaciones extranjeras y a la labor de los que trabajosamente intentaron asimilarlas, aunque ya sea demasiado tarde para repararlo.

Incomunicación académica, cuando no competitividad anticientífica, entre los cabezas de serie de las diversas escuelas o el todavía peor papanatismo que sólo ve como bueno lo que viene de fuera, escasa o nula implantación de los trabajos arqueológicos realizados fuera de nuestro país, políticas universitarias de la época franquista con planes de estudios inamovibles durante décadas, falta de implantación profesional de la arqueología en el tejido social español, etc. Muchos serían los elementos, externos a la ciencia e internos de la disciplina que había que analizar al buscar una explicación satisfactoria.

En mi opinión, quizá el elemento más definitivo para explicar la incomunicación entre arqueólogos americanistas y prehistoriadores españoles, que en algunas ocasiones trabajaban en las mismas facultades con sus despachos apenas separados físicamente, es de índole epistemológica. Algo debe tener que ver con el núcleo del libro de Alcina cuando postula como único camino para poder ser considerada como disciplina científica que la arqueología sea concebida como antropología, pues es de esta ciencia de donde provienen sus modelos teóricos.

Este esquema y esta adscripción, en último término a las ciencias sociales, choca con el concepto tradicional en Europa de la prehistoria como una disciplina que se relaciona eminentemente con la historia, teniendo los mismos objetivos, a pesar de trabajar en contextos y con técnicas especializadas distintas. A mi juicio, esta distinción básica sigue existiendo en nuestro país a pesar de la renovación metodológica, la cual ha consistido fundamentalmente en aportaciones de otras ciencias distintas, como la geografía (arqueología espacial) y la

estadística. Las escasas contribuciones antropológicas que han llegado a nuestra arqueología lo han sido a través del «filtro» europeo, y una rama tan importante como la etno-arqueología, por las posibilidades de generalización cultural que posee, prácticamente es inexistente entre nosotros.

La obra que sirve de base a los anteriores comentarios procede, como su autor indica (p. 9), de varios cursos desarrollados en la Universidad, y a los estudiantes va dirigida en cuanto trata de ser una síntesis de la situación actual de la materia en la que se están iniciando, y de cómo se ha llegado hasta ella. Pero, si en este sentido pretende ser un manual (y lo es notablemente claro), sus objetivos no son de introducción general a los contenidos, técnicas y conocimientos fundamentales de la arqueología. Se trata de exponer una serie de corrientes teóricas que operan en la actualidad y que movilizan considerablemente a nuestra ciencia.

Alcina estructura su exposición en dos partes, separadas por un interludio. En la primera (caps. I al VII) se opta por guiar el discurso a través del hilo histórico: qué ha sido la arqueología científica desde sus orígenes en el siglo XIX hasta los tiempos actuales: cómo, en opinión del autor, se ha ido produciendo la acumulación de conocimientos y perspectivas en el estudio arqueológico hasta llegar a la época post-moderna. En la segunda parte (caps. VIII al XII) este discurso diacrónico se complementa con el análisis del estado de la cuestión en determinados métodos o ámbitos importantes de la investigación (tipología, difusión, ecología cultural, analogías etnográficas, arqueología espacial, etc.).

El recurso a la historia disciplinar es justificado por el autor como el más adecuado para comprender el estadio actual del pensamiento arqueológico, ya que la exposición de las grandes líneas teóricas y su sucesiva modificación a lo largo del tiempo ayudan a comprender el proceso de acumulación y depuración de los conocimientos del que, en definitiva, es producto la ciencia de nuestros días. Es bastante frecuente utilizar la historia para introducir desarrollos sobre teoría y metodología actual de las ciencias, como lo es rastrear los principios, líneas o paradigmas presentes hacia atrás en el tiempo. Es evidente que, en el caso que nos ocupa, la arqueología antropológica o científica tiene bases importantes en arqueologías anteriores, además de en otras ciencias, y que desde los orígenes de la materia como conocimiento sistemático puede rastrearse una línea de cientifismo, junto a otras de carácter más estético, historicista, etc.

Ahora bien, debe quedar claro que con tal procedimiento se discrimina desde un principio una parte del pasado y, por tanto, lo que se hace no es historia, con el objeto de conocerlo en su integridad, sino instrumentalizar una parte de ella con fines presentistas. Quede ésto dicho como advertencia frente a quienes puedan considerar que estamos ante un libro de historia de la arqueología, lo cual no es cierto porque, en primer lugar, se dedica comparativamente poco espacio a los períodos anteriores al contemporáneo (últimos cuarenta años), y en segundo lugar, pero más importante, porque los aspectos históricos se seleccionan a partir del presente, que es a lo que el autor dedica su interés.

Otro de los aspectos interesantes de la obra es la introducción que hace, en el panorama histórico mencionado, de otras comunidades científicas distintas a las que estamos acostumbrados a ver en exclusiva. La especialización del autor en arqueología americana otorga a todo el libro un perfil —apreciable incluso en el tratamiento de los orígenes de la disciplina en el siglo XVI— distinto al habitual para los arqueólogos especializados en el Viejo Mundo. Pero lo destacable es su visión integradora, en la que no sólo se consideran los focos centrales del desarrollo científico, sino también algunos avances autónomos, adaptados a las circunstancias propias de comunidades como las ibero-americanas, y las relaciones constantes entre estas áreas «periféricas» y las centrales.

El capítulo VI —la arqueología social (pp. 88-113), uno de los más largos y detallados— nos introduce en el panorama general de las tendencias actuales, que muestran los serios intentos teóricos que los arqueólogos latinoamericanos han hecho para renovar, desde bases marxistas, la arqueología de sus respectivos países. En el tono general del libro se observa, por tanto, y sin llegar al tónico anti-colonialismo intelectual de ciertos círculos, una total falta de complejos con respecto a la tradición anglo-americana que, por muy importante que sea, no es la única ni tiene porqué ser adoptada miméticamente —siempre con el desfase temporal correspondiente— por el resto de las comunidades. No es por ello un detalle formal ni irrelevante observar tantos nombres hispanos, junto a los anglosajones, en la amplia bibliografía del libro, sino simplemente prueba de una visión personal que, lejos de cualquier tipo de arrogancia nacionalista, desearíamos ver con más frecuencia en nuestros escritos.

Para terminar, quisiera recalcar el carácter que *Arqueología antropológica* tiene de cierre de un ciclo, importante ciclo científico iniciado por J. Alcina hace ya tiempo. Como él mismo señala, puede que haya lugar para una posterior revisión: es claro que siempre hay segundas partes, e incluso terceras, que ya otros harán por nosotros. Algo parecido a este libro necesitaríamos de forma urgente en la arqueología española, donde el profesor Alcina, o alguien tan capacitado como él, sintetice las líneas fundamentales seguidas por nuestra disciplina en la época contemporánea.

CARMEN ORTIZ GARCIA
Instituto de Filología. CSIC. Madrid

T. P., 1991, nº 48

BIBLIOGRAFIA

- ALCINA FRANCH, José (1973): «La arqueología antropológica en España: situación actual y perspectivas». *I Reunión de Antropólogos Españoles*, Sevilla: 47-62.
- (1974): «Historia como antropología». *Ethnica* 7: 7-48.
- (1975): «Arqueología y antropología», en J. Alcina (ed.), *La antropología en España*. Madrid, Universidad Complutense: 157-188.
- (1979): *La arqueología de Esmeraldas (Ecuador): Introducción general*. Madrid. Memorias de la Misión Española en El Ecuador, I. *Anthropos*, 68 (1987).

WENKE, R. J.: *Patterns in Prehistory. Humankind's first three million years*. Nueva York, Oxford University Press, tercera edición, 1990, 614 pp. ISBN: 0-19-506848-3.

Analizar la historia de la humanidad no es una tarea fácil y más cuando se intenta en seiscientas páginas compilar la información conocida sobre los tres últimos millones de años. Robert J. Wenke emprende este trabajo con «la esperanza de ayudar a los lectores a verse a sí mismos en relación a las grandes transformaciones revolucionarias de nuestro pasado: (1) la evolución de la «cultura», las primeras formaciones sociales y el empleo de las primeras herramientas por parte de nuestros ancestros (...); (2) la aparición de «nosotros», los *Homo sapiens* (...); (3) la evolución de la «agricultura» (...), y (4) la emergencia de la «complejidad» social y cultural en las primeras y grandes civilizaciones de la antigüedad» (Wenke, 1990: pp. v-vi). En estos cuatro objetivos se resume el desarrollo de toda la argumentación, a los que se añade, a modo de introducción, una breve historia de la investigación arqueológica (entendida ésta en su acepción inglesa) y una iniciación a los métodos arqueológicos. Como cierre se especifica cuáles son los diferentes enfoques desde los que se acomete en la actualidad el estudio arqueológico, la justificación de su estudio y su futuro.

No es común encontrar compendios de esta envergadura, en los que, además, su elaboración por un solo especialista provea de una coherencia interna inusual a la obra. Por ello no son de extrañar las múltiples reediciones que ha experimentado el libro, tres en una década y los cambios que el mismo autor confiesa haber experimentado en la concepción del mismo. En esta tercera edición R. J. Wenke suaviza el evolucionismo ecológico cultural seguido en las dos versiones anteriores, en el que se enfatiza la importancia de los factores económicos, tecnológicos, demográficos y ecológicos en el estudio del pasado. Aunque se mantienen en gran parte todavía este enfoque, refleja la pérdida de fe en las interpretaciones deterministas tecno-ambientales que perseguían hacer de la arqueología una ciencia empírica de la historia, fundamentalmente económica e inmersa en una enorme sofisticación cuantitativa. Wenke cree todavía que, a pesar de que la arqueología pueda representar el estudio de un pasado que nosotros mismos creamos, tal como defienden los arqueólogos post-procesuales, se puede abordar su análisis con el formato de una ciencia empírica.

La biografía de R. J. Wenke influye en el desarrollo de la obra en varios aspectos. El autor es catedrático de Antropología —ciencia que en Estados Unidos engloba a la arqueología— en la Universidad de Washington. Ha trabajado en varios países, Holanda, Italia, Turquía, Irán, México, Egipto y Estados Unidos, sobre problemas relacionados con la aparición de las sociedades complejas. La tradición disciplinar en la que se halla inmerso y su especialización se reflejan en la importancia dada a la arqueología americana, a la que se dedica cuatro capítulos, y a la descripción del surgimiento de las sociedades complejas, tema que ocupa aproximadamente la mitad del volumen.

El desarrollo de la argumentación del libro es ordenado, pero habría que resaltar varias insuficiencias que, a mi juicio, no desmerecen la importancia de la obra. La ausencia —porque casi sin problemas se podría emplear esta palabra— más significativa la representa el escaso énfasis en el análisis de las sociedades tribales y las jefaturas, puesto que da la impresión de que la transición de las sociedades de bandas a las estatales se produce

de forma inmediata. La conexión directa que se establece entre la aparición de la agricultura y el surgimiento de las sociedades complejas, que para el autor son casi sinónimas a las formaciones estatales (ver, por ejemplo, pp. 277-279), refleja una concepción del estudio de la prehistoria reciente como un mero apéndice en el análisis de las sociedades estatales coetáneas. Esto explica la evolución argumental que guía en general el trabajo, en la que todo parece conducir a los primeros estados y, en concreto, de algunos capítulos como el que trata de los «Estados secundarios del Viejo Mundo». En éste, sólo después de describir las civilizaciones de Grecia y el oeste de Anatolia, el autor retrocede en el tiempo para explicar la secuencia del resto de Europa, Africa y la periferia Euroasiática. En cierta manera, de forma no explícita, parece subyacer una concepción de la prehistoria europea en la que su desarrollo proviene «ex Oriente». Una estructura similar se sigue en la narración sobre la arqueología americana. A partir de la entrada de los primeros contingentes humanos en el continente, el siguiente paso lo constituye describir el desarrollo de los estados mesoamericanos y andinos. En último lugar se dedica un capítulo a las sociedades norteamericanas coetáneas que no llegaron a constituir formaciones estatales.

En otro orden de menor importancia, ya que ocupa un lugar secundario en el trabajo, hay que destacar en el primer capítulo el silencio con el que el autor considera todo tipo de arqueología distinta a la anglosajona, de tal manera que, por ejemplo, no se cita entre las páginas 29 a 33 el enfoque estructuralista entre los que tuvieron importancia entre 1969 y 1990 (lo que no es inhabitual entre los investigadores de formación norteamericana y británica (Trigger, 1990). Se presta igualmente poca atención a las nuevas tendencias, de las que, aunque se recogen algunas de sus aportaciones en el apartado citado, ni siquiera se la denomina como un enfoque en sí, aunque el autor, a lo largo de la obra, demuestre el conocimiento de la misma (Wenke, 1990: p. 266 y p. 305).

La necesidad de realizar obras de síntesis al tipo de la que se está comentando parece que ha encontrado en estos últimos años su eco en España, donde habría que resaltar la labor a este respecto de la editorial Síntesis. Dos son los trabajos aparecidos hasta el momento, el que Víctor Fernández Martínez realiza sobre *Teoría y método en arqueología* (Fernández, 1989) y el de M.^a Angeles Querol, *De los primeros seres humanos* (Querol, 1991). Estos dos libros escritos por autores españoles se han concebido con una década de diferencia a la primera redacción de la obra de Wenke, lo que es buen indicador del proceso de acercamiento de algunos de nuestros investigadores a la arqueología anglosajona. Por esta razón parece adecuado establecer una comparación entre la publicación de Wenke y las de Fernández y Querol. En cuanto al contenido, las dos últimas son menos ambiciosas, puesto que la primera (Fernández, 1989) correspondería a los dos primeros capítulos del volumen de Wenke, y la de Angeles Querol (1991) lo haría de los tres siguientes. Desde un punto de vista formal, los tres trabajos muestran un deseo de resultar asequibles al gran público, abandonando para ello en lo posible el lenguaje académico, tendencia más marcada en los dos españoles que en Wenke. Por último, aunque los tres autores subrayan la importancia del enfoque teórico que cada arqueólogo mantiene y en su influencia en el desarrollo de sus investigaciones, ni Fernández (1989) ni Querol (1991) explicitan de forma clara sus puntos de vista, aunque quizá una lectura pausada pueda dar claves sobre los mismos (Fernández, 1989: p. 14, y Querol, 1991: pp. 99-101). Sin embargo, estos detalles no empañan la novedad que suponen en nuestro país trabajos de síntesis de este calibre.

Un último aspecto a destacar de forma muy positiva en el libro de Wenke es la gran cantidad de bibliografía empleada. Sin embargo, el autor muestra una dependencia abusiva de la literatura anglosajona, aun cuando engloba en su obra una gran diversidad de países con investigadores respetables. Así, entre aproximadamente unos tres millares de títulos citados, apenas una decena están escritos en francés y alguno en alemán. El caso que de alguna manera puede afectarnos en mayor medida es la ausencia de citas a autores hispano-hablantes en temas que parecería necesario hacerlo, como en el capítulo referido a la evolución de la civilización mesoamericana, en el que los únicos autores de estas características citados son los asequibles en lengua inglesa, como Fray Bernardino de Sahagún.

La realización de obras de conjunto del estilo de la de Wenke es necesaria para la comunicación y puesta al día sobre el estado de la investigación al público no necesariamente especializado. Es de esperar en este sentido que continúe la reciente iniciativa de editoriales españolas como Síntesis, y se publiquen nuevos compendios sobre los distintos temas que brindan los diversos aspectos de la arqueología.

MARGARITA DIAZ-ANDREU GARCIA
Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense.

BIBLIOGRAFIA

- FERNÁNDEZ, V. (1989): *Teoría y método de la arqueología*. Editorial Síntesis, Madrid.
 QUEROL, M.^a A. (1991): *De los primeros seres humanos*. Editorial Síntesis, Madrid.
 TRIGGER B. G. (1990): *A History of Archaeological Thought*. Cambridge University Press.
 WENKE, R. J. (1990): *Patterns in Prehistory. Humankind's first three million years*. Tercera edición, Oxford University Press, Nueva York.

R. R. NEWELL, D. KIELMAN, T. S. CONSTANOSE-WESTERMANN, W. A. B. VAN DER SADEN y A. VAN GIJN (1990): *An Inquiry into the Ethnic Resolution of Mesolithic Regional Groups. The study of their Decorative Ornaments in Time and Space*. Brill: Leiden, New York, Koebenhavn, Köln, XXXII, 488 pp., 80 fig., 84 tabl., 6 mapas, 3 microfilms, 220 florines holandeses. ISBN 90-04-09097-5.

No es frecuente que un trabajo que abre una nueva línea de investigación pueda convertirse en un clásico de ella. Este es el caso del interesante libro, fruto de varios años de reflexión y de un trabajo minucioso, que nos propone un grupo de investigadores coordinados por R. R. Newell.

Los objetos de adorno del Mesolítico no han suscitado nunca el interés que ha sido reservado a sus hermanos paleolíticos. La publicación de estos objetos mesolíticos en artículos sobre la industria lítica de cada asentamiento ha dispersado a menudo la información. Las síntesis regionales sobre ellos han sido escasas. Por consiguiente, la recogida exhaustiva de toda la información concerniente a los objetos de adorno del Mesolítico europeo podía parecer una difícil tarea. Este libro ha rebasado ampliamente este objetivo. La consideración de todas las piezas de ornamentación descubiertas en Europa occidental y central, desde España hasta los países eslavos, se convierte en el medio para llevar a cabo una investigación original sobre la identificación de los grupos étnicos del Mesolítico. La hipótesis de base sobre la que se funda este trabajo se apoya en una constatación hecha en varias ocasiones durante el estudio de las comunidades de cazadores-recolectores actuales y subactuales: las variaciones en la elección de los soportes utilizados para la fabricación de los objetos de adorno y el estilo en su realización son el reflejo del mecanismo de autoidentificación de los grupos étnicos. «Consideramos los elementos de adorno mesolíticos como insignias de pertenencia a un grupo y como los signos del orden interno y de la estructura de esas sociedades. Analizando las distribuciones de esos signos en el espacio y en el tiempo, se pueden identificar las fronteras sociales, étnicas y lingüísticas de esas sociedades que los han realizado, utilizado y atribuido un significado cultural».

El intervalo de tiempo al que la investigación se aplica es el atribuido tradicionalmente al Mesolítico (desde 8.300 B. C. al principio del Neolítico en cada región considerada). Esta elección tiene la ventaja de hacer coincidir los primeros objetos analizados con el brusco cambio climático correspondiente al final del Dryas reciente. El inconveniente principal es evidentemente la exclusión de las facies epipaleolíticas (Aziliense, Federmesser, Ahrensbourgien, Epigravetiense final). Está claro que a medida que las facies culturales muestren menos interrupción con el Mesolítico, como por ejemplo el caso del Epigravetiense italiano, la elección de los autores será más discutible ya que cortará una realidad cultural en curso de evolución.

Siguiendo un planteamiento epistemológico, tan querido del mundo anglosajón, los autores se dedican a crear un modelo predictivo para el análisis que aplicarán al material arqueológico. La revisión de los criterios de definición y de identificación de los grupos humanos viviendo de la caza y de la recolección parece indicar que el idioma constituye el mejor medio de diferenciación y de autoidentificación. La lingüística revela la existencia de tres unidades sociales y culturales integradas las unas en las otras. Los grupos de caza (hunting groups) o unidades de subsistencia primaria (primary subsistence units) muestran generalmente una plasticidad adaptativa en cuanto a su dimensión y a la posibilidad de fundirse con otros grupos. La unidad de integración superior es la banda. Este grupo de individuos, oscilando entre 20 y 150, se reconoce como perteneciente a una misma

unidad cultural ocupando un territorio definido, practicando la exogamia y poseyendo una leve diferenciación social. El elemento de identificación de la tribu, la unidad de integración más alta, es la utilización de un idioma común o de un conjunto de dialectos mutuamente comprensibles. Los datos etnográficos sugieren por cada tribu un número de bandas que varía entre 7 y 17 con una duración de vida entorno a 7 siglos. La familia lingüística (language group o language-area-network), formada por tribus que hablan idiomas parecidos, no implica ningún mecanismo de autoidentificación y puede desarrollarse en un período que va de 2.000 a 8.000 años. Los territorios propios de la banda y la tribu son también considerados basándose en una rica documentación, extraída de los estudios sobre los territorios ocupados por las tribus de los indios de América. Estos datos son comprobados estadísticamente con vistas a medir los límites de variabilidad de los espacios ocupados por una tribu o «tipo». El territorio de la tribu es difícil de conocer ya que su dimensión depende de la cantidad de bandas que lo componen. No obstante, pueden desprenderse ciertas constantes que abren nuevos horizontes a los estudios de los pueblos cazadores-recolectores holocenos. Ciertamente, las consideraciones a las que llegan los autores se convertirán en los próximos años en hipótesis de trabajo para muchos prehistoriadores europeos.

Antes de comenzar el análisis del material arqueológico se establece una clave interpretativa compuesta por tres postulados y varios corolarios. Se asume como postulado, por ejemplo, que los adornos característicos a la vez del final del Paleolítico superior y del Mesolítico no tendrán el mismo valor en el análisis que los típicos únicamente del Mesolítico. Igualmente, se asume que una distribución espacial de adornos inferior o superior al área de dispersión natural de la materia prima debe tener necesariamente un significado cultural. Se acepta también que el modelo de sociedad elaborado al principio del análisis, derivado esencialmente del estudio etnográfico de las poblaciones de los indios de América, es un modelo válido para la identificación de grupos étnicos mesolíticos. Si se rechazan estos postulados, los resultados del análisis no tendrán ningún valor. La representatividad estadística de los objetos de ornamentación descubiertos hasta ahora es examinada con respecto al país, al año de excavación, a los diversos tipos de adornos encontrados. La elección de las variables en el estudio analítico de las piezas arqueológicas es desgraciadamente limitada debido a que los objetos han sido estudiados exclusivamente a través de las ilustraciones ofrecidas en la literatura. Por consiguiente, las variables morfológicas, métricas y de atribución específica están privilegiadas. Del aspecto técnico sólo se tiene en cuenta el modo de sujeción (incisión, muesca, perforación natural o artificial en el eje mayor o menor de la pieza). El análisis de los datos pone en evidencia una distribución cuádrimodal para la distancia de dispersión máxima de los diferentes tipos de adorno. Ciento veinticinco, seiscientos veinticinco, mil trescientos setenta y cinco y dos mil seiscientos kilómetros son las distancias medias expresadas por esos valores. Las áreas correspondientes a estos radios pueden traducir las unidades constitutivas (grupo de caza, banda, tribu, familia lingüística) del modelo propuesto al principio del estudio. Para probar esta hipótesis se realiza, en primer lugar, un análisis de cluster con el fin de dividir el material en subconjuntos homogéneos a nivel cronológico. En segundo lugar, el territorio europeo se compartimenta en hexágonos cada uno de 6 km. de radio. Esto permite saber si se pueden localizar correlaciones espaciales entre los diferentes tipos de adornos. A través de estos datos se establecen unidades analíticas de base (Basic Analytical Units, B.A.U.). Los mapas de distribución constituyen también una base para probar los postulados emitidos al principio de la investigación. La jerarquización de las unidades según el modelo de organización socio-espacial propuesto sugiere una división del territorio europeo durante el Mesolítico en dos familias lingüísticas. La primera (Western Language Family) engloba el Noroeste de Europa en la primera parte de Mesolítico y se extiende al Norte de España y a Portugal en la segunda parte del Mesolítico. Al menos dos tribus constituirían esta área, la tribu de *Nassa* y la de *Patella*. La «Continental Language Family», abarcando desde Dinamarca hasta el centro de Italia y la España pirenaica y mediterránea tendría una tendencia a englobar en el Mesolítico reciente toda la costa mediterránea española. Las tres tribus que la compondrían serían la del Ambar, la del Jabalí y la de *Columbella*. Varias bandas pertenecerían a cada tribu de las dos familias lingüísticas (banda del canino de nutria, del incisivo de jabalí, del canino de ciervo...).

¿Estos resultados deben ser percibidos como el hallazgo de una realidad paleoetnológica o simplemente como la posible aplicación arqueológica de un modelo eminentemente teórico? Es evidente, como ya lo admiten los autores en las conclusiones, que sus proposiciones quieren ser al mismo tiempo una hipótesis exploratoria y un tema de debate.

A pesar del notable esfuerzo de claridad que convierte este trabajo en una reflexión metodológica antes que en un trabajo de análisis, los complejos métodos estadísticos utilizados no permitirán a todos los prehistoriadores seguir las proezas estadísticas a las cuales los datos son sometidos. Además, el modelo arqueológico no encaja perfectamente con el modelo predictivo. Este último implicaría de 1,62 a 18,33 tribus por familia lingüística con una media de 5,49, valor muy por encima de las tribus identificadas por el análisis del material arqueológico. Sin embargo, esta obra ofrece una clave para introducirse en la complejidad de los intercambios culturales y

sociales que han movido el mundo Mesolítico. La importancia de los factores culturales en la elección de la organización espacial de los grupos étnicos son sobrevaloradas en relación a los factores de adaptación ecológica. Es indudable que a través del planteamiento seguido se percibe una nueva línea de investigación, paralela al análisis tradicional de la industria lítica y capaz de verificar las hipótesis formuladas por su estudio. Queda claro también que el Paleolítico superior espera todavía un estudio de la misma calidad.

FRANCESCO D'ERRICO

U.A. 184 C.N.R.S.

Institut de Paléontologie Humaine. 75013 Paris

IAN HODDER: *The Domestication of Europe. Structure and contingency in neolithic societies.*
Basil Blackwell. Oxford, 1990, 331 pp. ISBN 0-631-17769-8 (pbk)

Sería injusto hacer de una mera cuestión de estilo el argumento principal de la crítica de un texto científico, si no fuera porque en este caso el estilo tiene un protagonismo deliberado en el discurso científico (y digo aquí científico en un sentido estrictamente contextual, sin ninguna connotación metodológica más allá del hecho de que el libro está dirigido evidentemente a una comunidad disciplinar). La voluntad de estilo parece tender a suplantar al compromiso teórico en una parte de la reciente producción de algunas escuelas post-procesuales. En muchos casos esto ha significado una proliferación de logomaquias de título más o menos ingenioso y de poco o ningún interés desde el punto de vista del conocimiento racional del pasado y del presente o desde el de la elaboración de un pensamiento crítico sobre la sociedad y la Historia, que son, a mi juicio, los objetivos irrenunciables de la Arqueología en el mundo de hoy. No es este el caso del libro de Hodder, por cuanto bajo una retórica un tanto irritante y con frecuencia narcisista existen ideas valiosas y un discurso coherente y a veces iluminador sobre problemas importantes. Para llegar a esto, sin embargo, el lector (al menos aquel que no busque en la obra una experiencia literaria sino intelectual, o se aproxima a ella como parte de sus obligaciones académicas o profesionales, y por tanto con poco ánimo para elucubraciones subjetivistas) se verá obligado a no tomar demasiado en serio las dudas del autor sobre su posición ontológica con respecto a la obra y su objeto, de las que puede dar idea el comienzo del segundo capítulo:

«Catal Hüyük and I, we bring each other into existence. It is in our joint interaction, each dependent on the other, that we take our separate forms» (p. 20).

Sin embargo, el problema de este libro y en general de la llamada «arqueología contextual», es que estos circunloquios no son mera literatura yuxtapuesta al discurso teórico, sino la instancia legitimadora de éste. Hodder piensa, en efecto, que el papel de la Arqueología en el mundo moderno es que «it provides another experience —the experience of the past— through which one can objectify and think our present thoughts» (p. 19). El autor, por lo tanto, es la clave del texto, puesto que éste no se refiere a objetos o problemas externos, sino a su propia experiencia de éstos. La «arqueología contextual» comienza proponiendo una aproximación textual al registro arqueológico para terminar transformando al arqueólogo no ya en su intérprete, sino en su autor. De aquí que Hodder se apreste a la gran empresa de construir su propia visión del comienzo de la agricultura en Europa (pues tal es el referente arqueológico convencional de esta obra) pertrechado fundamentalmente con recursos literarios, más bien que conceptuales.

El primero de estos es una imagen brillante, «la domesticación de la sociedad», a través de la cual Hodder trata de llevar a cabo una inversión total de las visiones tradicionales del problema. Estas conceden, casi sin excepción, un papel predominante a las transformaciones tecno-económicas. Este punto de vista constituye la base de un cierto sentido común materialista ampliamente dominante en el discurso académico sobre la

cuestión. La transformación de las superestructuras ideológicas y simbólicas es contemplada en este contexto como la consecuencia de la transformación de las condiciones materiales de existencia.

El punto de vista propuesto por Hodder es el reverso de este enfoque consensual materialista. Esto queda de manifiesto en la expresión de la sustancia del enfoque en términos materialistas, que el autor nos brinda como un detalle más de su complicado «encaje de bolillos» literario-conceptual:

«It is possible, as Duby as argued is another study of long term processes, in Medieval Europe, that the superstructure can at times act as infrastructure, playing a dominant role?» (p. 16).

La «domesticación» no es un mero proceso biológico y tecno-económico, sino una «idea» que vehicula un «discurso de dominación», una metáfora política. Sólo en la medida en que éste discurso es aplicado a la propia sociedad lo será luego a las plantas y animales. Es decir, la transformación de las estructuras simbólicas precede ontológica y lógicamente a la de las estructuras sociales y económicas. Este proceso predominante de transformación de las estructuras simbólicas consiste en la «domesticación» del individuo y la sociedad, es decir, su introducción en el ámbito de un discurso de poder destinado a crear crecientes lazos de dependencia dentro de unidades sociales cada vez más amplias y cohesionadas.

El dispositivo simbólico mediante el cual se verifica este proceso, y al mismo tiempo la clave material de su «lectura» arqueológica es identificado por Hodder bajo una noción que constituye en sí misma el reverso «simbólico» del concepto materialista de «modo doméstico de producción»: la «domus», la casa no en cuanto mera vivienda, sino en cuanto sede de los procesos productivos, reproductivos y afectivos que dan existencia a un grupo humano. La noción de «domus» —cuya fuerza procede en gran parte de sus asociaciones verbales, como reconoce el propio Hodder (pp. 44 y ss)— desempeña su papel central en el proceso en cuanto locus de la oposición básica entre naturaleza y cultura sobre la que reposa todo el discurso de poder metaforizado en la «domesticación», tal como la entiende Hodder. Esta oposición básica se reproduce simbólicamente en toda una serie de estructuras que pueden ser «leídas» arqueológicamente: salvaje-doméstico, muerte-vida, masculino-femenino, etc. Según ésto, el despliegue de la domesticación de la sociedad puede ser seguido a través de la lectura simbólica de la disposición interna de los objetos en la vivienda (decoración mural, hogares y hornos, objetos mobiliarios, vasijas, silos, tumbas), de la propia ordenación de la misma y su dialéctica topológica (delante-detrás, luz-sombra, Este-Oeste) y de las relaciones con otras unidades habitacionales dentro del asentamiento, así como las de este con el paisaje (oposición domus-agrios).

La domus funciona como una metáfora de la estrategia social. Por lo tanto, al desentrañar las claves de su desarrollo estamos reconstruyendo la totalidad del proceso social metaforizado. Hodder articuló estos recursos interpretativos en sus trabajos sobre Catal Hüyük, lugar en el que como es sabido el componente simbólico es evidente e incluso espectacular. El resto del trabajo es concebido como un intento de identificar los mismos elementos en el registro arqueológico (con frecuencia mucho más parco en manifestaciones «simbólicas») del Sureste de Europa, Europa Central y Escandinavia de lo cual se seguiría el carácter universal y abstracto de los mismos. La mayor parte del libro consiste, pues, en una minuciosa revisión bibliográfica del registro arqueológico de estas regiones, en el que se van identificando los elementos que pueden sostener la interpretación. En este sentido, la obra cobra un gran interés al margen de sus contenidos teóricos, por cuanto proporciona una importante cantidad de información sobre aspectos del registro que frecuentemente pasan desapercibidos a nuestros ojos de prosaicos materialistas.

No deja de ser llamativo, no obstante, que el desarrollo diacrónico de las estructuras centradas en la domus, según es reconstruido por Hodder, encaje casi perfectamente en la estructura del registro arqueológico tradicional. Así, el Neolítico antiguo, el Neolítico medio y final y el Calcolítico de la periodización convencional (con sus diversas fases y grupos culturales regionales) no sólo no son puestos en cuestión por el nuevo enfoque aplicado, sino que designan fases coherentes del desarrollo de las estructuras simbólicas (vid. pp. 294 y ss.). Esta coincidencia me infunde la sospecha de que la «lectura simbólica» del registro no se refiere tanto a los contextos singulares, que legítimamente son los únicos objetos posibles de interpretación, cuanto a los «paquetes arqueológicos» que han servido a los arqueólogos para elaborar sus «culturas» y «fases culturales». Queda, como siempre, la duda de si estos «paquetes» representan estados reales de cosas en el pasado o son un mero reflejo de los criterios de orden introducidos por la arqueología tradicional en el registro. El libro de Hodder no aporta gran cosa a esta cuestión central.

En conexión con lo anterior, la elaboración interpretativa de la evidencia choca con las obvias limitaciones, procedentes de carácter de la información disponible, con frecuencia carente de garantías arqueológicas, máxime para unos objetivos analíticos tan «finos». Hodder es perfectamente consciente de esto, pero a veces resuelve el problema de una manera un tanto expeditiva, por lo que el lector tiene a menudo la sensación de

que las interpretaciones no se refieren al registro arqueológico tal y como es (con sus drásticas limitaciones), sino como debiera ser en el supuesto de que el autor esté en lo cierto. Sirva como ejemplo la advertencia que precede a la investigación sobre el Sureste de Europa y su sorprendente conclusión:

«I shall be arguing that the artifacts found within the houses give clues as the nature of the domus. In the SE european context it is extremely difficult, if not impossible at the moment, to know whether relatively complete but broken pottery and other artifacts found on the floors of houses represent in situ use of the house or in situ abandonment or post-abandonment behaviour (...). While some recent excavations have attempted to distinguish primary and secondary refuse, the interpretation of «primary» in situ deposits remain uncertain. The possibility has to be retained, therefore, that much of the symbolic patterning to be identified below is the result of abandonment rather than use. Despite this difficulty, the principles identified in that patterning remain of interest» (p. 48).

En cualquier caso, más allá de las objeciones empíricas el principal problema es que carecemos de unos criterios explícitos y estables que nos permitan determinar la relevancia real de estos patrones y estos principios. Uno tiene la sensación de que la Arqueología contextual se mueve entre la trivialidad y la arbitrariedad. Sin duda es trivial decir que la presencia de enterramientos en las casas es una metáfora de la «domesticación de la muerte», pero también es arbitrario: ¿por qué metáfora y no metonimia? Falta en el libro de Hodder toda la riqueza del pensamiento contemporáneo sobre el lenguaje y lo simbólico, desde Wittgenstein hasta Barthes, desde Lacan a Adorno. El empeño del libro es sin duda foucaultiano, pero todo parece reducirse a manierismo estilístico. Es posible que la noción de «arqueología» de Foucault sea un camino futuro para la Arqueología, pero por el momento debemos seguir esperando.

Nada de esto debe hacer suponer que el libro no merece ser leído. Ya se ha dicho que está lleno de ideas importantes e iluminadoras. Únicamente, a mi juicio, debemos ser muy críticos con las pretensiones excesivas de una forma un tanto superficial de apropiación de la «vanguardia» que oculta una manera bastante tradicional de hacer las cosas.

JUAN MANUEL VICENT GARCIA
Dpto. de Prehistoria. C.E.H. (C.S.I.C.)

CHAPMAN, R. W.: *Emerging complexity. The later prehistory of south-east Spain, Iberia and the west Mediterranean*. New Studies in Archaeology. Cambridge University Press. Cambridge, 1990, 304 pp., 59 figs., 33 cuadros. ISBN 0-521-23207-4.

R. W. Champan y A. Gilman son los impulsores y responsables de la nueva alternativa teórica que analiza la secuencia cultural del Sudeste peninsular desde el Neolítico a la etapa del El Argar como resultado de una evolución social de carácter indígena y autónomo (Arribas y Molina, 1984: 75). La importancia de este área para la Prehistoria europea y peninsular ha sido reconocida desde 1880. Su elección como tema de estudio por estos autores explica, entre otros factores, su protagonismo en la renovación de la investigación prehistórica española iniciada en la década de los setenta (Martínez Navarrete, 1989: 224).

Esta obra es una magnífica oportunidad para conocer y valorar la trayectoria del primero. Desde su primer trabajo (1976), queda enmarcada explícitamente en una orientación procesual, comparativa. En este, Chapman se propone contribuir a la crítica a la arqueología post-procesual, mostrando las posibilidades de conocimiento de una investigación guiada por la posición teórica antitética (p. 2). Al ser una obra de tesis en la que la

discusión es, por su propia naturaleza, selectiva, se excluye su configuración como una síntesis de la prehistoria peninsular o del Mediterráneo occidental (p. 220).

El libro se edita en una colección destinada a presentar a un público amplio los desarrollos de la arqueología. En este caso, se estudia la aparición de la complejidad durante el III y II milenios a. C. en tres provincias del Sureste español (201 pp.) por su interés intrínseco y como aportación para un estudio comparativo con el proceso que tiene lugar en el Egeo (8 pp). A este fin se contextualiza en la trayectoria histórica peninsular (12 pp.) y en la de otras culturas contemporáneas de La Mancha (7 pp.), Portugal meridional (10 pp.), el sureste de Francia (2 pp.), la península italiana (2 pp.) y las islas del Mediterráneo central y occidental (5 pp.). Además la obra es una contribución al debate sobre la arqueología como disciplina.

Los diferentes aspectos ocupan una extensión también desigual en sus once capítulos. El primero define la posición teórica del autor, centrada en el estudio de la evolución cultural a partir de las variables de adaptación, intensificación, escala del sistema, innovación tecnológica, complejidad, interacción e integración (17 pp.).

El segundo expone el marco teórico —historia cultural difusionista— tradicional en la prehistoria ibérica (17 pp.), puesto en cuestión por la evidencia de la cronología absoluta y por objeciones teóricas en el tercero (19 pp.). El cuarto resume el marco cultural del Sudeste español entre el 5000-500 a. C. en cuatro periodos: de transición al Neolítico, Neolítico, Calcolítico y Edad del Bronce (43 pp.).

En el quinto capítulo argumenta el valor crítico de las variables de intensificación y adaptación en el origen de la complejidad cultural en el Sudeste, teniendo en cuenta el grado de aridez del medio ambiente contemporáneo y los eventuales cambios que hubiera experimentado en el pasado (44 pp.). En el sexto revisa los cinco modelos propuestos (Chapman, Gilman, Lull, Mathers y Ramos) para la explicación de dicho proceso (9 pp.). Otras variables como la escala del sistema cultural (su amplitud, el tamaño y densidad de la población y la innovación tecnológica (principalmente la metalurgia), la complejidad y, en menor medida, la interacción e integración, se estudian en el séptimo (19 pp.) y el octavo (42 pp.). El noveno contrapone el potencial explicativo de los cinco modelos mencionados sobre la base de argumentos teóricos y empíricos. A partir de ahí se esbozan las líneas futuras de investigación (9 pp.).

El décimo compara el registro arqueológico del Sudeste con el de las citadas áreas peninsulares y del Mediterráneo occidental en relación con la intensificación e interacción (48 pp.). El último enfatiza las diferencias entre los focos occidentales y el del Egeo tanto en la escala de la innovación tecnológica como en el grado en que controlan el comercio a larga distancia. Se destaca el interés intrínseco del estudio de los focos culturales occidentales, así como de un estudio comparativo entre ellos y con relación al Egeo (4 pp.).

Por mi formación, no puedo decir si el libro llegaría a la audiencia a la que va destinado, pero sí que su lectura no sólo es, fácil sino muy entretenida, condiciones raras entre los nuestros. El propósito de la obra se refuerza por recursos literarios y gráficos. Los capítulos se encadenan mediante unos epígrafes introductorios que contextualizan su temática en el programa global de la obra y otros finales que recapitulan los puntos fundamentales de la discusión e introducen los siguientes. La documentación gráfica está muy cuidada. De las 271 páginas de exposición, cerca de un 16 % se reservan a fotografías de yacimientos y dibujos a la línea. En estos últimos hay un número proporcional de mapas, planos y reproducción de piezas arqueológicas y una menor representación de gráficos. A su vez, los cuadros ocupan en torno a un 8 % de las páginas. Se indica siempre la fuente de la base documental, precaución que puede faltar en las publicaciones españolas. La mayoría de los mapas son originales como la totalidad de los gráficos y los cuadros (salvo uno). Pero además, gran parte de la publicada ha sido reelaborada por el autor.

La bibliografía merece un comentario específico. Comprende algo más de medio millar de títulos, actualizados hasta 1987. Un 66,2 % versan sobre España y un 5,2 % sobre Portugal y están mayoritariamente escritas por autores de dichas nacionalidades (62,9 % y 81,4 %, respectivamente), lo que es un buen exponente del conocimiento por Chapman de la información primaria.

Esa información se evalúa doblemente. De modo claro y conciso se establece el estado de la cuestión en cada caso (dataciones, estratigrafías, fauna, contextos...). Se detallan los procedimientos para examinar y articular los indicadores arqueológicos de las variables relevantes (cf. cuadro 26, p. 213).

En cuanto a las cuestiones de fondo, define (p. 4) su posición procesual como «funcional» por oposición a «funcionalista» en la medida en que no acepta que cualquier rasgo sea adaptativo, el mantenimiento del equilibrio sea una característica del sistema y el cambio cultural tenga una causa exógena.

En relación con la explicación de ese cambio se reivindica un análisis de la variabilidad (a escala regional), de comunidad local, de unidad doméstica y funeraria) que contrasta con posiciones previas en las que el papel concedido a un factor, el control de agua, parecía relegar el de los demás. Ese interés por la explicación de lo específico es una de las reacciones de los investigadores «funcional»/«istas» a las críticas efectuadas desde

posiciones materialistas históricas y post-procesuales a la generalización ahistórica desarrollada en los sesenta por algunos de ellos.

La consideración de la variabilidad no alcanza al examen de las relaciones sociales, cruciales para quienes abordan la investigación desde el materialismo histórico (cf. Vicent, 1990 para un tema tan «ecologizado» como el de la aparición de la producción de alimentos), ni tampoco a lo ideológico y simbólico sobre cuya relevancia para la interpretación del pasado parece haberse alcanzado un amplio consenso. De ahí que el carácter más abierto de la actual propuesta de Chapman no suponga ninguna fractura con respecto al resto de su obra.

En realidad, el lector está sobradamente advertido de la justificación teórica de las variables escogidas y de los datos disponibles para su confirmación o refutación (p. 271). Pienso que la investigación sobre el inicio de la complejidad social en la Península se vería seriamente promovida si tal ejemplo cundiera. En ese sentido, me congratulo de que nuestra Prehistoria sea tema de la reflexión del autor.

M.^a ISABEL MARTINEZ NAVARRETE

Dpto. de Prehistoria. C.E.H. (C.S.I.C.)

BIBLIOGRAFIA

- ARRIBAS A. y MOLINA, F. (1984): «Estado actual de la investigación del megalitismo en la península Ibérica. *Scripta Praehistórica, Francisco Jorda Oblata*. Salamanca: 63-112.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M.^a I. (1989): *Una revisión crítica de la Prehistoria española. La Edad del Bronce como paradigma*. Siglo XXI de España ed., Madrid.
- VICENT GARCÍA, J. M. (1990): «El neolítico: transformacions socials i econòmiques». En J. Anfruns y E. Llobet *El canvi cultural a la Prehistoria*. Eds. Columna, Barcelona: 241-293.

BRADLEY, R.: *The Passage of Arms. An Archaeological Analysis of Prehistoric Hoards and Votive Deposits*. Cambridge, Cambridge University Press, 1990, XI + 234 pp., 15 láms. y 41 figs. ISBN: 0-521-38446X.

Durante el invierno 1980/81 tuve la oportunidad de seguir un seminario sobre depósitos y hallazgos en las aguas en el Departamento de Prehistoria de la Universidad de Frankfurt. Por esas mismas fechas descubrí un magnífico artículo de Torbrügge (1971), donde analizaba la tradición de hallazgos en las aguas en Centroeuropa, entre el Neolítico y la Edad Media y sus distintos significados a lo largo del tiempo. Ambas circunstancias y muy especialmente el artículo antes citado, despertaron mi interés por un fenómeno ampliamente conocido en Europa Central y Nórdica pero raramente estudiado en la Península Ibérica, donde, en las escasas ocasiones en que la intencionalidad de tal fenómeno era reconocida, se atribuía de modo más o menos vago a un culto a las aguas, cuyo origen y significado no se especificaba y que servía indistintamente para explicar tanto hallazgos prehistóricos como de época romana o altomedieval (López Cuavillas, 1957; Monteagudo, 1957; Blázquez, 1957, 1968 y 1975) o, en otros casos, para reforzar el carácter indoeuropeo de alguna región de la Península, dentro del esquema duméziliano (García, 1985). Pero, ¿el gesto de arrojar armas y otros objetos en las aguas simbolizaba lo mismo en la Edad del Bronce que en la Edad Media? ¿Era idéntica la intención del cántabro que, según Suetonio, ofrendaba hachas a las aguas de los lagos, que la del griego que depositaba su casco en las aguas de la ría de Huelva o del Guadalete? (Olmos, 1988). ¿Tenían el mismo valor simbólico espadas y cascos, hachas y lanzas? ¿Por qué siempre armas o adornos y nunca útiles? ¿Por qué reiteradamente en unos ríos y no en otros? ¿Por qué en determinados puntos de esos ríos y no a lo largo de todo su recorrido?... Nadie hasta la fecha se ha planteado estas cuestiones. Pero no sólo aquí, sino en general en todas aquellas regiones en que tales fenómenos

se producen, donde la respuesta es siempre única: en unos casos, como testimonio de intenso tráfico fluvial por algunos ríos y, como consecuencia de ello, de fortuitos naufragios (Mohen, 1977: 201). En otros, como ofrendas votivas o religiosas (Levi, 1982; Stjernquist, 1987) cuyos motivos y significados no siempre se investigan. Únicamente el mencionado artículo de Torbrügge planteaba la posibilidad de ver distintas interpretaciones en esta práctica de acuerdo con su contexto, contenido y las diferentes épocas de deposición y muy especialmente apuntaba a la posible interpretación funeraria de algunos de los hallazgos fluviales de la Edad del Bronce.

El libro que ahora reseño sigue en cierto sentido la línea ya iniciada por Torbrügge pero va mucho más allá, pues es un ambicioso estudio que aborda desde una amplia perspectiva el cambiante fenómeno de la deposición y ocultación de objetos de valor sagrado o profano a lo largo de cuatro mil años de historia, desde inicios del Neolítico a fines de la Edad del Hierro, en una amplia región: Europa Noroccidental. Ello permite a su autor analizar el fenómeno de los escondrijos y depósitos votivos no como un fenómeno único y con idéntica explicación, independientemente del espacio y el tiempo en que se producen, sino como reflejo de las diferentes estrategias de manipulación y consumo de las sociedades que produjeron tan singular registro arqueológico. Es, pues, un estudio realizado desde la óptica de la Arqueología Social, enfoque bajo el que está concebida igualmente toda la producción científica del autor.

No voy a detallar el contenido de cada uno de los cinco capítulos en que está estructurado el libro. Invito al lector a que se adentre por sí mismo en su recorrido, bajo el sugerente reto interpretativo que plantea Bradley al inicio del mismo, al reflexionar sobre dos antiguos y bellísimos textos literarios medievales nacidos en dos regiones con vieja y prolongada tradición de hallazgos en las aguas: *La muerte del Rey Arturo* y *Los Nibelungos*. Si el primero puede entenderse como un rito de paso y con la asociación de la deposición de armas en las aguas y la muerte, en el segundo la conexión entre objetos valiosos y el agua es la misma pero no así su significado, porque lo que aquí pretende Hagen es ocultar su tesoro para recuperarlo después, si bien, como sabemos, finalmente no lo consiga. Como vemos, el contexto de hallazgo en ambos casos es el mismo, pero su significado es, por el contrario, muy diferente. ¿Cómo apreciar desde el punto de vista arqueológico tales diferencias?

La respuesta para Bradley radica en saber valorar tales objetos dentro de las estrategias sociales en que se produjeron y usaron, las cuales variaron a lo largo del tiempo, y cómo en el contexto de tales estrategias algunos de ellos adquirieron un valor simbólico y fueron socialmente manipulados. Para ello se vale de dos instrumentos de análisis cuyo empleo, así como la razón que le ha movido a concebir el libro de la forma en que lo ha hecho y no de otra, se justifican explícitamente en el último capítulo del libro, por lo cual me detendré algo más en su comentario.

Estas vías de análisis son, en primer lugar, la «*longue durée*», de la escuela francesa de los Annales, en su aplicación a la Arqueología porque, en palabras de Bradley (p. 193), «*un estudio que considera el cambiante carácter de un conjunto de prácticas tradicionales a lo largo de cuatro milenios necesariamente concierne a lo que se ha llamado "Historia de larga duración", pero no simplemente porque estudie una larga secuencia..., sino porque describe las vías por las que prácticas culturales fueron modeladas y modificadas por seres vivos, para las cuales constituían los ejes de su mundo social*». En segundo lugar, la «*Arqueología contextual*», porque de acuerdo con el autor (p. 192), «*sólo estudiando estos depósitos en relación con su trasfondo más amplio podrán apreciarse tales cambios*».

Sería equivocado, sin embargo, hacer una lectura estrictamente literal de ello y deducir en consecuencia la adscripción de Bradley a la escuela post-procesual. Por el contrario, su concepto de la Arqueología parece bastante alejado del de algunos de los representantes de esa postura (pp. 192 y 193. Véase también Shank & Tilley, 1987: 56-58). Se trata más bien de una utilización pragmática de unas herramientas útiles para investigar el aspecto simbólico de un registro arqueológico de carácter muy especial, cuyo uso y significado varía con el transcurso cronológico y los diferentes contextos en que aparece, aunque siempre sea posible establecer un nexo de unión a lo largo del tiempo en una tradición ampliamente establecida en la Prehistoria del Noroeste europeo. Tal vez nos choque un tal pragmatismo, pero no así en Gran Bretaña, donde comienza a percibirse un cierto hastío por la polémica procesualistas/postprocesualistas. Ello es, por otra parte, coherente con el tipo de Arqueología que el propio autor afirma practicar (véase Rowlands/Bradley/Godsen, 1987: 560): la contrastación de teorías generales con datos específicos.

En otro orden de cosas, me gustaría también señalar algunos aspectos formales del libro que me parecen igualmente dignos de comentario. Algo muy característico de la Arqueología de habla anglosajona, y muy en especial de la británica, es el interés tanto por el fondo como por la forma, por el contenido tanto como por el contenido de los libros, que se refleja por lo general en la búsqueda de cuidadas y atractivas portadas e ilustraciones interiores que, en cierto sentido, actúan como gancho o reclamo de un potencial lector. Este libro no es la excepción. El estilo literario es cuidado, como lo son también las citas textuales que preceden y dan nombre a cada uno de los capítulos del libro que introducen literariamente al tema objeto de discusión. Idéntica

intención conmemorativa de un pasado poético y casi mágico parece desprenderse del grabado victoriano escogido para la portada, alusivo a la muerte del Rey Arturo y a la Dama del Lago.

Hace año y medio, cuando el autor tuvo la gentileza de dejarme el manuscrito, le comenté, tras su lectura, que me parecía provocativo, en el sentido inglés del término. Hoy, tras una segunda y más detenida lectura, mi opinión no ha variado.

A mí personalmente me ofrece sugestivas interpretaciones para un registro arqueológico como el del Occidente Atlántico, que carece de tumbas arqueológicamente identificables en el Bronce Final, e incluso antes en algunas regiones. Donde los ríos que vierten al Atlántico concentran la mayoría de las espadas del Bronce Final, localizadas éstas en muchos casos significativamente en los vados y cuyos equivalentes funerarios femeninos podrían ser algunos de los torques depositados en tierra. Y donde el mayor depósito metálico del Bronce Final, la Ría de Huelva es seguramente no un naufragio, sino una ofrenda intencionada por el carácter de su contenido y porque, como el propio Bradley me indicaba, algunas de las lanzas conservan aún el astil de madera, lo que permitió que flotarán en la superficie el tiempo suficiente como para haber sido recuperadas, caso de que su pérdida hubiera sido accidental, en lugar de intencionada (véase al respecto Hooper & O'Connors 1976).

Pero aun siendo los más conocidos, los de la Edad del Bronce no son los únicos hallazgos de carácter ritual documentados en la Península Ibérica. ¿Se animará alguien tras la lectura de este libro a abordar, tal vez como Tesis Doctoral, el estudio de este fenómeno en nuestro suelo?

MARIA RUIZ-GALVEZ PRIEGO

Departamento de Prehistoria.
Universidad Complutense. Madrid.

BIBLIOGRAFIA

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M.^a (1957): «Le culte des eaux dans la Péninsule Ibérique». *Ogam* IX, fasc. 3.
 — (1968): *Las religiones indígenas del área Noroeste de la Península en relación con Roma*. Cátedra San Isidoro, Instituto Leonés de Estudios Romano-Góticos.
 — (1975): *Diccionario de religiones prerromanas de Hispania*. Madrid, Ed. Istmo.
 GARCÍA Y FERNÁNDEZ-ARLABAT, B. (1985): «Las divinidades indígenas de la Hispania Prerromana. En pos de una metodología». *Trabalhos de Antropología e Etnología*, vol. XXV, 2-4.
 LEVY, J. (1982): *Social and religious organisation in Bronze Age Denmark: An analysis of ritual hoard finds*. Oxford, B.A.R. I.S., 124.
 MOHEN J.-P. (1978): *L'Âge du Bronze à la région de Paris*. Paris, ed des Musées Nationaux.
 MONTEAGUDO, L. (1957): *Galicia legendaria y arqueológica. Problemas de las ciudades asoladas*. Centro de Estudios de Arqueología Peninsular, Madrid.
 OLMOS ROMERA, R. (1988): «El casco griego de la Ría de Huelva». En J. ALBELDA & H. OBERMAIER: *El casco griego de la ría de Huelva*. Reedición a cargo de Clásicos de la Arqueología de Huelva 1. Excm. Diputación Provincial de Huelva.
 ROWLANDS, M. J./BRADLEY, R./GODSEN, CH. (1987): «The concept of Europe in Prehistory». *Man*, núm. 22, 3.
 SHANK, M. & TILLEY, CH. (1987): *Social theory and Archaeology*. Cambridge, Polity Press.
 STJERNQUIST, B. (1987): «Spring-cults in Scandinavian Prehistory». En T. LINDERS & G. NORDQUIST (eds.): *Gifts to the Gods*. Proceedings of the Uppsala Symposium 1985, Boreas, nº 15.
 TORBRÜGGE, W. (1970-71): «Vor und Frühgeschichtliche Flußfunde». *Bericht der R-G. K.*, 51/52.

ELUERE, Christiane: *Secrets of Ancient Gold* (versión original francesa: *Les secrets de l'or antique*). Editions Trio, Düdingen (Suiza), 1989, 240 pp., 260 láms. ISBN: 3-908573-08-4.

Pudiera parecer por el título y la lujosa presentación de este libro que nos encontramos ante una de esas obras esteticistas y efectistas, pero carentes de contenido, que suelen llenar las librerías unos días antes de las fiestas de Navidad. Afortunadamente no es éste el caso que nos ocupa, aunque sean evidentes ciertas concesiones editoriales para hacer más «digerible» una obra que tiene por base muchos años de investigación sobre el tema.

Ciertamente el oro en la Antigüedad ha despertado en todas las épocas un interés general, alimentado desde el campo científico por el desconocimiento de las técnicas que se emplearon para su trabajo, y desde el divulgativo por las esporádicas noticias de hallazgos de tesoros enterrados. En ambos casos el resultado ha sido más que negativo; en primer lugar porque la falta de una investigación realmente científica sobre el trabajo del oro ha tenido como consecuencia la creación de una mitología en torno a la existencia de secretos técnicos perdidos ya para siempre; y en segundo lugar, porque el afán de lucro ha motivado el expolio de una gran parte del patrimonio mundial en este tipo de obras de arte y documentos arqueológicos de nuestro pasado.

Hace ya varios años que Christiane Eluère viene dedicando gran parte de su labor investigadora al estudio de la metalurgia del oro, desde los trabajos iniciales sobre el oro del Calcolítico francés (Ch. Eluère: «Les premiers ors en France». *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 71, 1977), pasando por la Edad del Bronce (ibíd.: *Les ors préhistoriques*, París, 1982), hasta los más recientes que abarcan gran parte del ámbito europeo durante la Edad del Hierro (ibíd.: *L'Or des Celtes*, Friburgo, 1987), por citar únicamente las obras más destacadas. A su actividad debemos los que nos dedicamos a estos temas, la convocatoria de uno de los pocos Congresos Internacionales sobre tecnología del oro que se vienen celebrando bianualmente en el Museo Nacional de Saint Germain-en-Laye, así como la organización de exposiciones que han marcado hitos en la investigación (*Le premier Or de l'Humanité en Bulgarie, V millénaire*, Catálogo, París, 1989).

La obra que ahora nos ocupa cubre un marco geográfico amplísimo, pues, salvo el continente australiano, todas las tierras del Viejo y Nuevo Mundo, además de Africa, están contempladas de una u otra manera. Este carácter casi universal de la obra es causa ineludible de una falta de homogeneidad en el tratamiento de los distintos apartados. La mayor cantidad de información, tanto en lo referente al número de piezas como al conocimiento de los contextos en los que se han encontrado, procede de Europa, el Mediterráneo, Egipto y Asia Occidental. Por el contrario, el oro precolombino ha llegado a nosotros en su mayor parte descontextualizado; y en lo que respecta al Lejano Oriente y Africa subsahariana, el número de piezas es muy escaso.

El marco temporal queda algo desdibujado, pues el límite final de la obra está en función de la documentación existente para cada tema o en las características de la zona tratada. Así, una buena parte de los datos en los que se basa la investigación procede de fuentes escritas clásicas, medievales e incluso renacentistas tales como Herodoto, Estrabón, Plinio, Teófilo y Agrícola, además de autores árabes y manuscritos chinos de varias épocas. La orfebrería precolombina tiene su reflejo literario en algunas crónicas españolas y fuentes alemanas del siglo XVII.

El contenido de la obra se ha organizado en dos grandes bloques, uno de orientación histórica, al que corresponden los cinco primeros capítulos, y otro de enfoque técnico, al que se le dedican los capítulos sexto a noveno.

El capítulo primero nos introduce en el tema mediante un recorrido por los grandes descubrimientos a lo largo del tiempo, desde los violadores de tumbas de todas las épocas, pasando por los «crímenes de los Conquistadores» (p. 12), hasta llegar a los hallazgos arqueológicos del siglo XIX, patrocinados por la realeza europea y los trabajos actuales en las ricas tumbas principescas de la zona de los kurganes en el Mar Negro. En el capítulo II el oro se contempla a través de la mente del hombre en la Antigüedad: en todo ámbito geográfico-cultural cuya metalurgia haya empleado el oro han surgido mitos y leyendas sobre el origen y propiedades del oro; para los aztecas, el oro era el excremento de los dioses; en Ghana se recolectaba, puesto que crecía como las raíces de las plantas. El capítulo III nos da una visión sintética de la aparición del trabajo del oro en las distintas zonas. Se incorporan los más recientes hallazgos que suponen un cambio respecto a la visión tradicional que comenzaba con las tumbas reales de Ur del III milenio; ahora sabemos que los primeros ejemplos de una orfebrería ciertamente avanzada proceden de la región de Bulgaria, donde la necrópolis de Varna ha proporcionado ricos ajuares con oro fechados a mediados del V milenio. Otro hallazgo reciente procede de Israel, donde

apareció un depósito de lingotes de oro y electro fechado a comienzos del IV milenio. En el capítulo IV volvemos al punto de vista de los protagonistas, y nos relata las primeras «fiebres del oro», un resumen de la historia de la explotación del oro aluvial y de mina, del desarrollo de las grandes rutas y de la evolución de valor de este metal. Finalmente, el capítulo V investiga la figura del orfebre y su entorno social.

El segundo bloque de la obra se dedica enteramente a los aspectos técnicos de la metalurgia del oro. En opinión de la autora la práctica de la aleación y refinado del oro fue un paso decisivo que hizo posible nuevos avances técnicos; a estos procesos está dedicado todo el capítulo VI, donde se describen técnicas de refinado como la copelación y cementación, y aleaciones tan conocidas como la *tumbaga* americana o el *shakudo* japonés. El capítulo VII describe las técnicas de conformado empleadas en la Antigüedad: por un lado, el batido y martillado de panes y láminas de oro y la fabricación de hilos, y por otro, los diferentes métodos de vaciar en molde piezas macizas o huecas. El capítulo VIII describe las técnicas de unión, tanto mecánicas —remachado, doblado, cosido— como aquellas que requieren el empleo y control del calor —unión en fase sólida, soldadura con aporte de material soldante, etc.—. Para terminar, el capítulo IX revisa todos los métodos de ornamentación de una pieza, desde los más elementales y con frecuencia los más antiguos como el repujado, estampado o cortado, pasando por el tratamiento de superficies como el dorado, hasta los más sofisticados como las múltiples variedades de filigrana, granulado y policromía.

Las páginas finales del libro incluyen un apéndice con todas las denominaciones de la palabra «oro» y sus variedades en las distintas lenguas que abarca el estudio, así como una tabla cronológica de la aparición de los procesos técnicos en cada ámbito geográfico-cultural.

El libro en su conjunto es una documentadísima puesta al día de los conocimientos actuales sobre orfebrería antigua. Tiene además el valor de incorporar las más recientes investigaciones de la autora en el campo tecnológico, con el empleo de análisis y observaciones topográficas de piezas mediante microscopio electrónico de barrido, método que afortunadamente va adquiriendo carácter habitual en la investigación arqueológica. La documentación gráfica, de excelente calidad, ha sido seleccionada con sumo cuidado, escogiendo aquellas piezas más representativas o menos conocidas, y los pies de fotos completan y aclaran el texto de los distintos capítulos.

Sin embargo, el especialista o el lector exigente siente cierta frustración al comprobar que las únicas notas bibliográficas a pie de página son aquellas referidas a las acotaciones de las fuentes literarias empleadas; y lo que es más grave, la bibliografía orientativa citada al final de la obra, sumamente reducida y de carácter muy general, no suple la ausencia de referencias para un trabajo que en muchos de los apartados se reduce a una enumeración de yacimientos arqueológicos o piezas específicas, cuando no de cifras (por ejemplo, en p. 71), donde el lector tiene que hacer continuos actos de fe sin posibilidad de controversia.

En cuanto al contenido, nada se puede objetar al bloque de enfoque técnico, tema en el que me consta la competencia de la autora, salvo por una cierta tendencia a la generalización a partir de datos particulares. Así, por ejemplo, en lo referente a la soldadura mediante sales de cobre como material soldante (p. 167) es prematura la afirmación de que fue un método generalizado en la Antigüedad. Tal afirmación se basa en un número muy reducido de datos analíticos y en textos latinos, ambos de controvertida interpretación. Otras lecturas (por ejemplo, A. Perea: «Estudio microscópico y microanalítico de las soldaduras y otros procesos técnicos en la orfebrería prehistórica del Sur de la Península Ibérica», *Trabajos de Prehistoria*, 47, 1990) parecen apuntar al empleo de otros métodos de soldadura, con y sin aporte de material soldante, en lo que parece ser una regionalización tecnológica, por otro lado nada sorprendente.

El bloque de orientación histórica adolece de cierta superficialidad y sensacionalismo en la exposición, fruto sin duda de la escasez de datos por un lado, y de la amplitud y envergadura de los temas tratados por otro. En mi opinión, la historia de la orfebrería en los distintos centros del Asia Occidental desde el IV milenio hasta época helenística hubiesen merecido algo más de las tres páginas que se le dedican; lo mismo puede decirse de la orfebrería egipcia, que se despacha en seis párrafos. El propio título del libro hace referencia a unos secretos que no son tales, sino un vacío en la investigación científica que poco a poco parece que va llenándose.

Coincido plenamente con la autora en que la evolución tecnológica de la metalurgia del oro está esencialmente ligada a la historia de la sociedad en la que se desarrolla, a la forma que esa sociedad tiene de consumir bienes, a su organización política y a su clima intelectual. Por ello, este libro colabora de una manera decisiva en el conocimiento de nuestro pasado y en la misma medida nos hace ver con diferente perspectiva el presente.

ALICIA PEREA

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MINERÍA Y METALURGIA EN LAS ANTIGUAS CIVILIZACIONES MEDITERRÁNEAS Y EUROPEAS I-II, Coloquio Internacional Asociado, Madrid 24-28 Octubre 1985. Dpto. de Historia Antigua de la Universidad Complutense y URA 997 CNRS de l'Université de Toulouse-Le Mirail. Coord.: C. Domergue. Ministerio de Cultura, Madrid, 1989, vol. I, 261 pp., vol. II, 223 pp. ISBN: 84-7483-614-X.

Al cabo de cuatro años, y gracias al buen hacer del Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, tenemos en nuestras manos la publicación de las Actas de este Coloquio Internacional tan oportuno y necesario en su momento. Como todo aquello que es largamente esperado, cuando llega produce un sentimiento de frustración difícil de evitar, pero ello debe achacarse sin duda a falsas expectativas creadas con el paso del tiempo.

La justificación del encuentro era obvia. En un momento en el que España se incorporaba al grupo de países que habían planteado de una manera científica la investigación sobre minería y metalurgia antiguas, parecía de todo punto oportuno reunir a los especialistas que pudieran aportar novedades y a la vez, dar a conocer el estado de la cuestión de nuestras recientes investigaciones. La participación incluyó representantes de nueve países, además de España (Gran Bretaña, Francia, Italia, R.F. de Alemania, Grecia, Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumanía). Según indica C. Domergue en la introducción, se trataba de hacer un balance sobre los trabajos realizados por arqueólogos, geólogos, físicos, historiadores, etc., confrontar sus métodos y resultados.

Creo que resultará de utilidad al lector la enumeración completa de los temas tratados en cada jornada; puesto que la organización de la publicación se atiende a las comunicaciones tal cual se efectuaron, con la transcripción final del coloquio y debate entablado, en un orden a la vez temático y cronológico,

Primera Sesión: Los comienzos de la Minería y Metalurgia, El Calcolítico en los Balcanes, Jordania, las Cícladas y Sureste de la Península Ibérica centran las comunicaciones. Las minas de Rudna Glava y Ai Bunar siguen siendo los yacimientos paradigmáticos, junto con la zona jordana de Wadi Arabah donde la composición de escorias es la base de caracterización de los depósitos minerales. El matrimonio Gale-Stos-Gale explica el método analítico de las isótopos del plomo que está dando resultados espectaculares en la zona de Egeo sobre procedencia del mineral. En lo referente a la Península la investigación tiene dos vertientes: el estudio de la actividad minera en Río Tinto, y los análisis cuantitativos sobre objetos trabajados y restos de actividad metalúrgica en la zona de Granada y Almería que aclaran ciertos aspectos tecnológicos y organizativos hasta ahora planteados de una manera hipotética,

Segunda Sesión: El Hierro. La investigación en este campo está todavía en sus comienzos. La tecnología a través de los restos de hornos y muy escasos análisis es todo lo que da de sí este difícil material.

Tercera Sesión: La Península Ibérica. Visión de síntesis sobre la minerometalurgia en Asturias-León, y cuenca del Ebro, la tecnología de la plata tartésica y una comunicación sobre tratamiento estadístico de los datos completan el pobre panorama peninsular.

Cuarta Sesión: Grecia, Etruria, Galia. El trabajo de campo para la identificación de minas ha centrado hasta el momento el proyecto del Deutsches Bergbau Museum en Thasos y Siphnos, mientras que en lo referente a Etruria las comunicaciones se orientaron a dar una visión histórica del estado de la cuestión que todavía carece de elementos analíticos para abordar un enfoque de mayor envergadura. En el macizo central francés se está llevando a cabo un proyecto que centra su investigación en la búsqueda de pruebas sobre explotaciones mineras de época romana.

Quinta Sesión: El Oro. Dentro ya del volumen II, la investigación sobre este metal comienza a dar unos frutos hasta hace poco insospechados. Los enfoques son muy diversos, desde el estudio histórico de las fuentes y datos arqueológicos en torno al origen del oro griego y romano, hasta la metodología empleada por el Centre des Recherches Numismatiques del C.N.R.S. basada en el análisis de elementos traza por activación neutrónica. Las comunicaciones españolas se centraron en la explotación de los yacimientos auríferos del N.O. peninsular en época romana.

Sexta Sesión: Técnicas Mineras y Metalúrgicas: textos históricos y arqueología. Salvo la comunicación de Conophagos sobre procesos de concentración del mineral, las restantes se refirieron a la interpretación de textos antiguos: problema de las denominaciones en la filología latina, la "Re Metallica" de Agricola, y nuevos textos de alquimistas griegos.

Séptima y Octava Sesiones: Aspectos sociales y administrativos. Las comunicaciones se basaron en su totalidad en la interpretación de fuentes epigráficas o numismáticas romanas. Los temas tratados se refieren a

las concesiones mineras, organización, explotación y administración de minas, así como a las oscilaciones económicas reflejadas en la moneda.

Como vemos el marco cronológico del Coloquio era amplio, desde el Calcolítico hasta época romana imperial e incluso más allá. Lo mismo que la temática, desde aspectos puramente arqueológicos, pasando por los tecnológicos, hasta la visión histórica de síntesis. Quizá por ello se echen más en falta ciertas ausencias y vacíos. Nos hubiera gustado una mayor dedicación a los aspectos metodológicos. Los avances en las técnicas analíticas han sido espectaculares en los últimos diez años, y no siempre es fácil para el arqueólogo o el historiador acceder a una información de este tipo asequible y aplicable a su campo de estudio. En este sentido valoramos la labor de divulgación que desarrolla el ya mencionado *tándem* Gale-Stos-Gale de la Universidad de Oxford por dar a conocer el sistema de los isótopos del plomo, método que, a pesar de sus limitaciones, todavía es insuficientemente conocido, valorado y aplicado. Lo mismo se puede decir de los análisis por activación neutrónica, realizados por el equipo liderado por Barrandon, de una alta precisión y prácticamente desconocidos en nuestro país dentro del ámbito arqueológico.

Echamos en falta la participación de investigadores que están desarrollando un trabajo puntero, por ejemplo en el ámbito de la metalurgia del hierro. Desde 1970 se ensayan métodos y alternativas de estudio, así los trabajos de Haldane (1970), la revisión del tema por Hedges y Salter (1979), y otros como los de Todd y Charles (1977) o Salter (1983). En este mismo año se celebra el Congreso sobre los inicios de la siderurgia mediterránea en Piombino (aunque no se publicará hasta 1988).

Salvo contadas excepciones, la idea que transmite el coloquio es de reacción frente a los macroproyectos desarrollados en los años 60-70 basados en el mayor número posible de análisis espectrográficos sobre material arqueológico, tales como el patrocinado por el Römisch-Germanisches Zentral Museum de Mainz, en otro tiempo paradigmático. Sus controvertidos resultados produjeron, en un primer momento, el retraimiento de la investigación, y posteriormente un replanteamiento en su orientación. Actualmente se tiende a potenciar los estudios regionales, áreas de aprovechamiento económico, e incluso aquellos limitados a un sólo yacimiento. A este respecto se puede destacar el que se viene desarrollando en el poblado calcolítico de Almizaraque y cuyos primeros resultados se dan a conocer en las Actas. También el patrocinado por las Universidades de Granada y Palma en colaboración con investigadores del Laboratorio del Museo Británico y la Universidad de Londres, dentro de la zona del Sureste. Es en esta zona donde se concentran actualmente las investigaciones españolas, y muchas de las extranjeras, por su privilegiado protagonismo en el origen de la metalurgia en el Mediterráneo occidental; lo mismo que Río Tinto lo es en cuanto a la minería. Sin embargo, es mucho lo que falta por hacer en otros ámbitos peninsulares,

Según se desprende del conjunto de las comunicaciones se tiende a primar el estudio tecnológico de la fase de preparación de materias primas —obtención del mineral, tratamiento y elaboración de la aleación— en detrimento de la fase de transformación y acabado del objeto. Esta tendencia es, por otra parte, general, y probablemente se deba a la dificultad en la obtención de permisos para la manipulación de los objetos arqueológicos depositados en los museos; situación que en nuestro país raya en ocasiones en lo obsesivo. La falta de dotaciones para equipar a los museos con una mínima infraestructura que permita la realización de análisis metalográficos elementales, es otra de las causas que dificultan la investigación. Se recurre al traslado de las piezas a laboratorios de apoyo, o en su caso, a la colaboración directa con equipos extranjeros que, en la fase de prospección y excavación, depositan el material en sus centros de investigación para proceder al análisis y estudio. La colaboración entre investigadores de distintos países es siempre fructífera y deseable, pero también sería deseable que nuestros museos y centros de investigación estuvieran decorosamente equipados para los retos de la investigación actual.

La publicación de estas Actas puede que no despierte pasiones desatadas, pero tiene la enorme virtud de poner en su justo medio una línea de investigación que se empieza a recorrer sin grandes avances pero también sin grandes retrocesos. Era necesario llegar a este aparente equilibrio para avanzar.

ALICIA PEREA

Museo Arqueológico Nacional. Madrid.

BIBLIOGRAFIA

HALDANE, W. (1970): «A study of the chemical composition of pre-roman ironwork from Somerset». *Journal of the Historical Metallurgy Soc.*, 4 (2): 53-66

T. P., 1991, nº 48

- HEDGES, R. y SALTER, C. (1979): «Source determination of iron currency bars through analysis of the slag inclusions». *Archaeometry*, 21 (2): 161-175
- SALTER, C. (1983): «The relevance of chemical provenance studies to celtic ironwork in Britain». *Bulletin of the Institute of Archaeology*, 19: 73-81
- TODDN, J. y CHARLES, J. (1977): «The analysis of non-metallic inclusions in ancient iron», *PACT*, 1: 204-220.
- THE FIRST IRON IN THE MEDITERRANEAN (1988): *Proceedings of the Populonia/Piombino 1983 Symposium*, *PACT*, 21.

NEGUERUELA MARTINEZ, I.: *Los Monumentos escultóricos ibéricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén). Estudio sobre su estructura interna, agrupamiento e interpretación.* Ministerio de Cultura. Dirección General de Bellas Artes y Archivos. Dirección de los Museos Estatales. Madrid, 1990, 447 pp., 40 figs., 3 mapas, 54 láminas. ISBN: 84-7483-668-9.

No siempre resulta grato realizar un trabajo de análisis sobre la bibliografía más reciente, pero en otras ocasiones es un verdadero placer reseñar un libro cuya lectura y aportaciones al conocimiento de un tema son indudables. Este es el caso del volumen objeto de este comentario, fruto a su vez de la Tesis Doctoral de su autor. Desde el momento del hallazgo de los espectaculares conjuntos escultóricos de Porcuna se estableció esa ambigua situación a la que muchas veces se someten los nuevos descubrimientos, respetando una supuesta propiedad intelectual que deja de ser válida cuando ésta no conduce a una divulgación pronta y eficaz de los mismos. Las esculturas del Cerrillo Blanco fueron celosamente guardadas durante largo tiempo, y sólo fueron objeto de estudios parciales hasta su publicación, básicamente fotográfica, por parte de J. A. González Navarrete (1987), quien dejó el campo abierto a otros especialistas, al menos doce años después de la aparición de estas piezas. Se había realizado para entonces una reconstrucción parcial de estos conjuntos, que por su calidad y envergadura necesitaban de una nueva profundización mediante un estudio detallista y ambicioso a la vez. No fue ésta la primera intención del autor, quien tomó como un deber, más que como un tema de investigación, finalizar la reconstrucción posible de estos monumentos con el fin de facilitar tanto su exposición al público como su libre acceso a los estudiosos. Sin embargo, su propia tarea le hizo consciente de la necesidad de emprender un trabajo que él estaba en buenas condiciones de realizar, por su preparación y contacto continuo con las esculturas. Por tanto, desechó otros temas de Tesis ya planteados y asumió este análisis que tanta falta hacía.

El libro comienza recopilando la información arqueológica que rodea a las esculturas, y que ciertamente es exigua y desordenada. Sólo se confirma la presencia de enterramientos ibéricos de distintas épocas y de una zanja en la que se dispusieron parte de las tallas. Tras plantear algunas de las cuestiones que quedan abiertas sobre la plástica de estos momentos, se pasa al estudio pormenorizado del «conjunto de los guerreros», lo que sin duda constituye el núcleo principal del trabajo. Las estatuas, que creíamos conocer por las fotografías de González Navarrete, han sido objeto de un estudio exhaustivo que ha permitido reconstruir mejor a los personajes, identificar adecuadamente algunos de sus elementos, e interpretar la escena sugestivamente como un ataque-sorpresa. Poco a poco, detalle a detalle, el autor hace gala de una capacidad de observación poco común, descubriendo gorros de cimera que antes habían sido considerados como carcajs, elementos inéditos de protección del torso bajo las corazas, posibles faldellines de cuero o cota de malla, etc. Todo su planteamiento, dividiendo el grupo en dos bandos, astutos vencedores y sorprendidos vencidos, es coherente con la representación de las esculturas. Finalmente, se revisa el resto de los conjuntos que fueron también recuperados en el lugar, y de los que se desconoce la filiación que puedan tener entre sí y con el grupo de los guerreros.

La máxima del trabajo, varias veces repetida, es la prudencia, que lleva a Negueruela a ceñirse escuetamente a lo observable y a no levantar vuelos interpretativos o crono-estilísticos. Sin embargo, la inevitable búsqueda de paralelos conduce una y otra vez al área jonias, con cuyos patrones —directamente o a través del mundo etrusco— parecen haber estado familiarizados los escultores. En cualquier caso, la temática es compleja y las

edificaciones a las que pudieron pertenecer estas obras son aún un completo misterio, tanto en lo relativo a su forma como a su función, si bien se ofrecen aquí una serie de posibilidades enormemente sugestivas.

Las figuras se fechan en la primera mitad del siglo V a. C., y el autor se pregunta por su correlato arqueológico. ¿Dónde están las sepulturas de los guerreros que portaban los pectorales y los cascos de cimera? Aquí creo obligado resaltar la omisión de un capítulo que pudiera haber sido de sumo interés, y que por lo tanto queda aún pendiente. Me refiero al trabajo de contextualización de las estatuas en su momento histórico local, que aunque mal conocido, cada vez se muestra más coherente con estas ostentosas manifestaciones de poder. En cualquier caso, las prospecciones llevadas a cabo en la campiña de Jaén reflejan un complejo siglo VI y una estructuración fuertemente militarizada enfrentando a la vega y la campiña, con fases sucesivas en las que Ipolca (Porcuna) mantendrá siempre un papel central. Pero volviendo al problema de las sepulturas contemporáneas, es cierto que los inicios del siglo V no son pródigos en registros funerarios. La distribución de fines del siglo VI con tumbas en Cerro Alcalá, Cástulo, Castellones de Ceal, Puente del Obispo, etc., parece sufrir un cambio en el siglo V y no cuajar hasta la transición al siglo IV. Es de suponer un fallo en el registro arqueológico o, más bien, en la propia formalización de las necrópolis, donde en esta fecha son más frecuentes las tumbas monumentales que las sencillas, y la riqueza exterior —torres esculpidas, complejas escenificaciones exentas— más que la interior. Esas armas no parecen haber sido objeto de amortización en un ajuar funerario, lo que sólo llegará con la «generalización» de este uso a comienzos del siglo IV y el consiguiente empobrecimiento arquitectónico.

Negueruela muestra, en cualquier caso, la mejor y más fecunda forma de estudio analítico y estilístico, en unos conjuntos que por sí mismos ofrecen más riqueza que muchos ajuares sepulcrales. Las afirmaciones que se vierten en esta obra están siempre sólidamente argumentadas, en una línea que rompe con la investigación intuitiva y superficial que ha marcado muchos de los estudios sobre la plástica ibérica y que tuvo ocasión de actuar también sobre estos monumentos. La consideración en un trabajo previo de los cascos de los guerreros de Ipolca como «típicamente lusitanos» (?) es un buen botón de muestra recogido por el propio autor.

En definitiva, estamos ante una obra sólida que permite al investigador trabajar sobre las esculturas de Porcuna con conocimiento de causa, en el convencimiento de que está ante un trabajo honrado e ingeniosamente argumentado. Hay que señalar que se hubiera agradecido a la editorial la inclusión de un mayor número de láminas y figuras, ya que para la lectura adecuada de este libro es inevitable tener siempre delante las fotografías de González Navarrete. Asimismo, queda ahora un importante capítulo pendiente, como es el de la restauración y montaje de las esculturas en el Museo de Jaén, labor que se augura tan compleja como imprescindible para dar a conocer esta ejemplar muestra de arte ibérico que, casi veinte años después de su descubrimiento inicial, aún nos sigue sorprendiendo.

TERESA CHAPA BRUNET

Departamento de Prehistoria.
Universidad Complutense. Madrid.

BIBLIOGRAFIA

GONZÁLEZ NAVARRETE, J. A., 1987: «*Escultura Ibérica de Cerrillo Blanco. Porcuna, Jaén*». Diputación Provincial de Jaén. Instituto de Cultura.

BLANQUEZ PEREZ, J. J. (1990): «*La formación del mundo ibérico en el Suroeste de la Meseta. (Estudio arqueológico de las necrópolis ibéricas de la provincia de Albacete)*». Instituto de Estudios Albacetenses de la Excm. Diputación de Albacete. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Confederación Española de Centros de Estudios Locales. Serie I. Ensayos Históricos y Científicos. Nº 53. Albacete. 658 pp. 101 figs. 54 lams. XI cuadros.

Se presenta en este trabajo una propuesta de interpretación sobre el origen y desarrollo del mundo ibérico en el Suroeste, siguiendo la doble vía que el estado actual de la investigación sobre el mundo funerario ibérico, hace poco menos que inevitable; la revisión de las necrópolis excavadas de antiguo, nunca publicadas de modo sistemático, caso de la necrópolis de la Hoya de Santa Ana, y la excavación de nuevas necrópolis, caso de la necrópolis de Los Villares, de la que se presentan y analizan los resultados de las tres primeras campañas de excavación entre los años 1983, 1984 y 1986.

El estudio se articula en 7 capítulos: I Marco Geográfico. II Vías de comunicación. III El momento preibérico, el sustrato indígena. IV El problema étnico. V La necrópolis de Los Villares. VI La Hoya de Santa Ana. Historiografía del yacimiento y VII Conclusiones, al que se adjunta el análisis antropológico y paleopatológico de los restos cremados, documentados durante las campañas de 1983 y 1984 en Los Villares; destacando en el conjunto como núcleo de mayor interés los capítulos II, V y VII.

En el primero de ellos, se plantea la delimitación de las vías de comunicación prerromanas del Sureste Meseteño, a partir del estudio de las rutas de trashumancia y el de las vías romanas, basándose en el factor consensuado de «continuidad», según el cual la red de caminos hasta época moderna se basaba con pocas alteraciones en la red viaria romana, y a su vez esta, aprovecha una serie de caminos anteriores, algunos de gran antigüedad.

Del estudio que realiza el autor siguiendo este doble enfoque, presenta como conclusiones que son dos los principales ejes de comunicación en el área estudiada: El Este-Oeste, correspondiente al trazado de la Vía Augusta, que superpone a una vía anterior, que el autor denomina Vía Heraklea, que valora como el camino natural más fácil para llegar a Valencia desde el Curso Medio del Guadalquivir; mientras que el segundo eje de orientación Norte-Sur, estaría representado por la vía Complutum-Cartagonova. El análisis conjunto de estas dos vías evidencia una mayor relación de los yacimientos ibéricos más antiguos de la zona con el primero de ellos, lo que le lleva a proponer la Vía Heraklea, como el «primer y mayor elemento favorecedor de la cultura ibérica».

En el capítulo V, se presentan los resultados obtenidos hasta el año 1986 en la necrópolis ibérica de Los Villares (Hoya Gonzalo, Albacete), que han permitido documentar una serie de tumbas en un contexto estratigráfico significativo, cuyos detalles son expuestos quizás con excesiva minuciosidad. Los resultados obtenidos permiten reconstruir 3 Fases de utilización, en un ámbito cronológico que iría desde mediados del siglo VI hasta los inicios del siglo IV a. d. C., sin interrupciones sobresalientes.

La FASE I, que corresponde al momento más antiguo, se caracteriza por la presencia exclusiva de tumbas en hoyo sin ningún tipo de cubrición especial. La FASE II supone el momento de mayor auge de la necrópolis, en la que el autor distingue tres momentos sucesivos: a) Con tumbas en hoyo anteriores a la construcción de estructuras tumulares. b) Aparecen tumbas de estructura tumular, orientadas con respecto a los puntos cardinales, y con una distribución regular. A estas tumbas se asocian también tumbas en hoyo. c) Se documentan tumbas en hoyo, posteriores a los túmulos, cuya construcción en ocasiones afectó a alguno de estos túmulos. En la FASE III, última de la utilización de la necrópolis, la mayoría de las estructuras de la FASE II están cubiertas, reduciéndose el número de enterramientos. Se completa el capítulo con el análisis de las estructuras tumulares para pasar a la descripción de una selección de 10 tumbas «representativas del yacimiento y, por ellos, apuntalan arqueológicamente nuestras tesis», que sin embargo no se explicitan.

El capítulo VII de Conclusiones, se organiza en torno a tres apartados: a) El análisis de las estructuras tumulares en el mundo ibérico. b) El mundo funerario ibérico. c) Las colonizaciones en Occidente y la formación de la cultura ibérica en las tierras del interior de la Península.

En lo que se refiere al primer apartado, se reafirman las tesis del Almagro Gorbea, sobre el paisaje funerario del Sureste: con una cierta uniformidad cronológica para el inicio de este tipo de necrópolis, que junto con la antigüedad de los materiales importados, y el mantenimiento de relaciones entre la costa alicantina y el interior, «apuntan hacia la importancia de la costa levantina en el proceso formativo y posterior desarrollo de la población

ibérica del Sureste de la Meseta». Se pasa a continuación a analizar las características de las tumbas de empedrado tumular, para las que tras una breve revisión, se acaba aceptando las tesis de Almagro Gorbea que las atribuye paralelos formales en Licia y Grecia.

En el segundo apartado, se desarrolla el análisis paleodemográfico de las cremaciones de Los Villares, en el que destaca, la mayor proporción de hombres frente a mujeres (6 a 4), con el máximo índice de mortalidad entre los 40 y 50 años y un promedio de vida de 38 años. La relación de estos datos con los ajuares y tumbas, no parecen señalar de manera clara una correlación con el sexo del difunto. Así el enterramiento en hoyo, que es el más frecuente en la necrópolis, se emplea indistintamente para hombre, mujeres y niños. El tipo de urna cineraria, pintada o sin pintar, tampoco parece servir para establecer diferencias de sexo, si bien parece documentarse una tendencia de los enterramientos masculinos a utilizar recipientes cerámicos pintados. En el análisis de los ajuares, tampoco aparecen elementos claramente masculinos o femeninos y sólo las campanitas de bronce, podrían ser indicadores de enterramientos infantiles.

Destaca la explicación de que la asociación en dos casos de restos infantiles con los de una mujer, sean el ejemplo «de homicidio voluntario de la criatura al no poder, el entorno social, responsabilizarse de su alimentación (lactancia prolongada), algo frecuente todavía en determinadas sociedades atrasadas». Este ejemplo parece algo exagerado, máxime cuando en un caso se trata de un individuo de 4 años, y que la dependencia de los hijos respecto a la madre propicia que las enfermedades de la madre incidan de modo directo en los hijos. Cabría considerar esta explicación como una manifestación inconsciente de la valoración que el autor hace del emergente horizonte ibérico del Sureste.

Su proceso de desarrollo se enmarca en el cambio de eje económico que supone en el siglo VI el agotamiento de la capacidad de explotación de la plata del S.O., y la potenciación de la Alta Andalucía, lo que incidió en el Sureste de la Meseta, donde según el autor «el sustrato indígena preexistente con un evidente poso orientalizante, e influencias hallstáticas a través del Norte de la Meseta, reaccionó incorporándose a los nuevos ritmos del progreso cultural».

Este «progreso cultural» se detecta en la aparición de materiales importados, como los aryballos de fayenza de la Fase I, procedentes del comercio focense, que a partir de la Fase II se verá reforzado, por la política comercial ampuritana, responsable de los materiales importados que según el autor, demuestran la aceptación social del ritual griego del symposium desde mediados del siglo V a. d. C., asociado a la élite dominante, y que en la Fase II se extenderá a las capas más bajas, como se constata por la aparición de copas tipo Cástulo en tumbas en hoyo.

Como conclusión final, el autor señala que el mundo ibérico de la Meseta Sudoriental, era una sociedad helenizada, donde el elemento colonizador griego-foceo jugó un papel determinante, transformando aspectos fundamentales de la población indígena preexistente como las tumbas (túmulos) los ritos (symposium), escultura etc., que se debió iniciar en el siglo VI a. d. C. y para finales del mismo siglo ya estaba definido en sus aspectos más representativos.

Algunas de las objeciones que se pueden señalar vendrían del contraste entre la extensión del estudio y los criterios de «lógica prudencia de costo y espacio», que aconsejan reducir la investigación desarrollada, en un trabajo que comparte de modo irregular aspectos de una Tesis Doctoral, una memoria de excavaciones, y un ejercicio de síntesis. Y mientras el capítulo del marco geográfico, tiene escasa proyección en el trabajo; el apartado de la Historiografía, no se presenta por la «lógica prudencia de costo y espacio» siendo uno de los de mayor interés, ya que el autor, en la selección y valoración crítica que hace de la investigación precedente, define su posición teórica, los problemas que considera de mayor interés, y la orientación del trabajo que presenta.

En el capítulo dedicado a la necrópolis de Los Villares, presenta la descripción minuciosa de la estratigrafía de 13 cuadrículas, aspecto más propio de una memoria de excavaciones. Por lo que se refiere a los aspectos documentales de las 10 tumbas seleccionadas, se describen sus características, con un resumen del inventario de los elementos, para pasar a continuación a la descripción de cada uno de dichos elementos, ofreciendo por un lado un exceso de información, que incluye el nº de inventario de la excavación y del Museo de Albacete, o las medidas y el dibujo de las piedras que calzan algunas urnas, mientras que por otro lado no se completa la documentación con el dibujo de la planta de la tumba y la distribución de los elementos del ajuar, aspecto importante a la hora de analizar los rituales funerarios. Una solución factible y operativa, por la claridad de la documentación, hubiera sido la inclusión de las fotografías de las tumbas que aparecen al final del libro, acompañando a las descripciones de las mismas, pero esto solo hubiera sido posible para la mitad de las tumbas seleccionadas, ya que de las restantes no se ha incluido documentación fotográfica.

Parece que se produce un conflicto entre la selección de la información para un ejercicio de síntesis, y la preocupación por demostrar que el proceso de documentación ha sido riguroso, y se opta por una acumulación irregular de información, con carencias significativas, y con criterios discutibles, como el usado para seleccionar

las fotografías de las piezas cerámicas ibéricas, ya que de las siete que se presentan, prácticamente todas documentan el mismo tipo formal.

Un ejemplo a seguir para muchos de nosotros, lo podemos ver en las normas y criterios de publicación que siguen los autores anglosajones, como en el caso del trabajo de Cunliffe sobre el poblado fortificado de la Edad de Hierro de Danbury (1986), en el que se realiza una síntesis perfecta de la dinámica histórica, organización interna, actividades económicas, etc., de un asentamiento complejo, que fue excavado con rigor, circunstancia que se trasluce a lo largo de la publicación y la perfecta complementación gráfica, distribuida apropiadamente en los distintos capítulos.

En el caso que nos ocupa, independientemente de que se acepte o no el criterio de selección de una «muestra representativa» de las tumbas estudiadas, la inclusión de una Matriz Harris, con los correspondientes símbolos, según los tipos de tumbas, importaciones y volumen/riqueza de los ajuares, aportaría un volumen de información de gran interés y revalorizaría sin duda este avance de la necrópolis de Los Villares.

En cuanto al capítulo de las Conclusiones, llama la atención que no se aborde la reconstrucción de la estructura y dinámica interna de la sociedad que usó la necrópolis de Los Villares, en la línea de los trabajos que desde los años 70, configuran la llamada Arqueología de la Muerte. Se hacen algunas referencias a la utilización de la necrópolis por un sector de la sociedad, pero no se acaban de desarrollar sus implicaciones, lo mismo que ante la casi total ausencia de armas en las tumbas presentadas.

Esta sociedad según la propuesta del autor, se caracterizaba por su fuerte helenización, proceso iniciado a mediados del siglo VI a. d. C., lo que se argumenta en base a los paralelos tipológicos de 3 aryballos de fayenza, que justificarían el gran impacto de la colonización focense, y a continuación a partir de, a nuestro juicio, una errónea interpretación, los vasos áticos que aparecen en los contextos funerarios ibéricos, se presentan como el argumento decisivo de la helenización de la comunidad ibérica. Llama la atención que el autor considere que la presencia de piezas griegas de tipologías, y en número impensables en el contexto funerario griego, sean el argumento que justifica la profunda helenización del mundo ibérico del Sureste de la Meseta, cuando otros autores dedicados a la investigación de la influencia griega en la Península, Olmos, Cabrera, Sánchez, valoran estos materiales en sentido opuesto, como la manifestación de la personalidad de la cultura ibérica que recibe una serie de influencias que son reelaboradas según sus normas e ideología, en un proceso similar al experimentado por las comunidades autóctonas de Italia y las costas del Mar Negro.

Resumiendo, el interés de los conjuntos funerarios presentados, avivado por una interesante línea de investigación sobre las vías de comunicación, se ve mermado por una presentación de concepción «tradicional» en el análisis de los datos, que se articulan en el marco de una valoración historiográfica del emergente horizonte ibérico, como propio de «sociedades atrasadas» que precisaron del impacto civilizador helénico, para su desarrollo y consolidación entre las sociedades civilizadas del Mediterráneo.

JUAN PEREIRA

(Universidad de Castilla-La Mancha.
Departamento de Historia. Campus
de Toledo)

ARCHAEOZOOLOGIA (1988): *Revue Internationale d'Archeozoologie*, vol. II (1.2), Actes de 5^e Congrès International d'Archéozoologie. Bordeaux.

La *Revue Internationale d'Archéozoologie* publica un monográfico recogiendo los trabajos presentados con motivo del Congreso Internacional celebrado en Burdeos en 1986. La amplitud de esta obra llevó a los editores de la revista a su compartimentación en diversos volúmenes; éste que comentamos corresponde al año 1988, si bien fue publicado en 1989.

Los nuevos caminos que en la actualidad sigue la Arqueología obligan a tener muy presentes las ciencias que hasta ahora han venido considerándose como auxiliares. Algunas de estas «ciencias auxiliares» constituyen hoy un

T. P., 1991, nº 48

complejo corpus teórico y práctico, presentándose como verdaderas disciplinas autónomas. En este ámbito surge la publicación de obras como ésta, dedicada íntegramente a la Arqueozoología.

El presente volumen incluye trabajos de más de una veintena de autores de distintos países y, en general, de formación zoológica. Se trata, en algunos casos, de los especialistas más relevantes en este campo y entre los que afortunadamente hay firmas españolas. Asimismo, la obra cuenta con un destacado comité editorial que siguiendo el mismo esquema reúne a investigadores de una decena de países.

En el aspecto puramente formal, este volumen se presenta en formato pequeño, si bien se anuncia un cambio a este respecto. Los trabajos están mayoritariamente escritos en inglés, con un breve resumen en esta lengua y otro algo más extenso en francés; se indican igualmente las palabras claves de referencia. Cabe destacar el elevadísimo precio de la obra, pese a la subvención ministerial francesa.

Este volumen se presenta dividido en ocho apartados. El primer bloque recoge trabajos metodológicos; el segundo, aspectos concretos de algunas especies; el tercer apartado recoge una comunicación bajo el epígrafe del papel humano en la formación de estos conjuntos faunísticos; seguidamente se recogen comunicaciones sobre estrategias, estacionalidad, marcas y técnicas de descarnar; aspectos sociales y estudios regionales. Si bien esta compartimentación resulta bastante arbitraria.

El primer apartado tiene un carácter más general al recoger aspectos metodológicos, cuya aplicación puede ser válida para toda la comunidad científica. Atiende esencialmente a las cuestiones relativas a la identificación, ya sea de especie, sexo o edad, aspectos estadísticos e interpretación de las fracturaciones.

En general, se insiste en la matización de métodos conocidos en el deseo de que un perfeccionamiento mejore los resultados actuales: por ejemplo, en el caso de la diferenciación entre suidos domésticos y silvestres (Payne y Bull, pp. 27 a 67). Estos estudios se basan en muchos casos en experiencias de laboratorio (estudios sobre animales actuales), para después extrapolar resultados en el campo arqueológico. Estas extrapolaciones son problemáticas, ya que no se conocen bien las razas antiguas, lo que se ve agravado en nuestro país al partir siempre de fauna centroeuropea.

También se discuten los problemas de pérdida de información y se propone otro método de cuantificación (C. Münzel, pp. 93 a 111); pero éste resulta sumamente complejo, más aún si se atiende a las figuras.

Al tratarse de un trabajo sobre restos españoles, merece especial mención la comunicación de A. Morales (pp. 111 a 153). Se analizan aquí las distintas fragmentaciones como índices culturales; partiendo de tres yacimientos (uno romano y dos medievales) y del conjunto de más frecuente aparición, esto es, los unguados. Los resultados obtenidos son indudablemente interesantes y sería deseable que un aumento de los ejemplos a estudiar permitiesen su confirmación. La aplicación de dichos patrones se propone para los períodos cronológicos más próximos ante la imprecisión y desgarramiento que producen las herramientas de descarnar de fases anteriores y por lo cual su acción sobre el hueso es más difícil de apreciar. Es, pues, deseable que se profundice igualmente en el análisis de estos aspectos durante fases prehistóricas, adaptando debidamente el método.

El resto de la obra presenta comunicaciones muy diversas, algunas con carácter eminentemente zoológico o ecológico y escasa relación con la arqueología, como es el caso del trabajo de E. Iregren (pp. 165 a 181), sobre el oso pardo. Otras tienen una mayor proximidad al campo tradicionalmente arqueológico, como es el caso del estudio de A. Eastham (pp. 243 a 253), quien analiza las representaciones animalísticas del arte Paleolítico; atribuciones siempre difíciles de asegurar.

En conjunto, cabe destacar el interés por los primeros indicios de domesticación (J. D. Vigne y M. Ch. Marinval-Vigne, pp. 153 a 165), apoyando una proto-domesticación de los cánidos en la cuenca de París ya en contextos mesolíticos. Recordemos que ya en Eralla, J. Altuna y K. Mariekurrena *Munibe*, 37, 1985, señalan la presencia de posibles perros en contextos del Magdalenense Inferior. Son muchos los autores que parten para su estudio de conjuntos neolíticos aunque no traten directamente el tema de los inicios de la domesticación.

Por último, un grupo de trabajos refleja estudios globales para diversas áreas geográficas.

Hay que destacar el número total de restos sobre el que se trabaja, generalmente muy superior al que podemos encontrar en los análisis que se vienen realizando en nuestros yacimientos. Es de esperar que dichas cifras se vayan incrementando rápidamente, tanto en lo que respecta al número de estudios como al espacio muestral de éstos.

En conjunto, se aprecian pocos errores en el texto (alguna imprecisión en las citas bibliográficas mencionadas pero no reflejadas en la relación) y la documentación gráfica es abundante, tanto en lo que respecta a tablas como a dibujos de los restos óseos; siempre interesantes ante la dificultad de expresar algunos aspectos con palabras o bien para precisar cuestiones tan debatidas como la indicación exacta de las medidas que se están tomando del hueso. La utilización de procedimientos informáticos se limita todavía a paquetes estadísticos, pero recordemos que el proceso se ha visto progresivamente acelerado en los últimos años.

Dentro del conjunto de publicaciones arqueozoológicas de los últimos años podemos encuadrar ésta en el grupo de obras dirigidas principalmente a especialistas en la materia: frente a otras como *La Arqueología de los animales*,

de Simon J. M. Davis, editada por Bellaterra en 1989, cuyo fin es difundir esta disciplina entre los estudiantes y profesionales de la Arqueología.

La lectura de esta obra da idea del volumen de información «diferente» que puede proporcionar un análisis faunístico; de la variedad de aspectos que pueden tocarse e incluso de su capacidad como punto de partida, lo que puede verse en la comunicación de M. F. Bonifay (pp. 181 a 191) para los períodos más antiguos. Pero quedan aún muchos problemas por resolver, principalmente la difícil conexión entre los distintos profesionales, y ello es imprescindible para una óptima interpretación de los datos con los que se cuenta en un yacimiento arqueológico.

RUTH MAICAS RAMOS
Museo Arqueológico Nacional

VELAZQUEZ SORIANO, I.: *Las pizarras visigodas: Edición crítica y estudio*. Murcia, 1989, 806 pp. + 23 láms. (Serie «Antigüedad y Cristianismo», VI).

En el año 1876, don Andrés Garci-Nuño envió a la Real Academia de la Historia una pizarra con numerales inscritos, hallada en Cardeñosa (Avila), no lejos de Las Cogotas. Fue la presentación a la ciencia hispana de la época de una nueva clase de documentos que causó perplejidad, cuando no escepticismo. E. Hübner en el *Supplementum* (1892) a CIL II, recoge la noticia del hallazgo bajo el apartado de «Inscriptiones falsae vel alienae», sin reproducirla. Un año más tarde, en *Monumenta Linguae Ibericae*, vuelve a incluirla como «falsa o suspecta» con el nº XV, confesando no saber si eran caracteres latinos, ibéricos o cúficos.

M. Gómez-Moreno, que en los primeros años de nuestro siglo recorrió las provincias de Avila y Salamanca, para elaborar el Catálogo Monumental, vio pizarras análogas y defendió su autenticidad. En diversos escritos luchó durante años por desentrañar el sentido de esta clase de documentos, casi siempre muy fragmentarios, que venían apareciendo en hallazgos superficiales o en excavaciones sistemáticas como las de Diego Alvaro (Avila). Por fin, en el año 1966, en colaboración con M. Casamar, editó en una monografía el conjunto de pizarras, con un estudio preliminar (*Documentación goda en pizarra*, Madrid, 1966), fijando las características, demarcación de hallazgos, cronología, paralelos y valoración de los elementos escriturarios y documentales.

Pero M. C. Díaz y Díaz («Los documentos hispano-visigóticos sobre pizarra». *Studi Medievali*, 7 [1966], 75-107), puso en cuestión el trabajo de Gómez-Moreno, al señalar numerosos errores de transcripción e interpretación, ofreciendo a veces alternativas propias. La luz que se apuntaba en *Documentación* «se desvanecía con la crítica de *Los documentos*». Al tiempo, la publicación de algunas pizarras excepcionales por M. C. Díaz y Díaz o A. Mundó había despertado la esperanza de los historiadores visigodos en poder tener fácil acceso a la totalidad de semejantes documentos.

La tesis doctoral de I. Velázquez viene a cumplir el objetivo. De las tres clases de pizarras inscritas que conocemos, estudia aquellas que contienen escritura (denominadas «tipo Diego Alvaro», por ser el yacimiento en que más abundaron). Recoge 104 ejemplares procedentes de Avila, Salamanca y Cáceres, además de la pizarra de Carrio (Asturias), de fecha tardía. Su catalogación y transcripción no abarca todos los ejemplares aparecidos, pues muchos se hallan en propiedad particular y el acceso a su estudio es francamente difícil. De las otras pizarras, con numerales o dibujos, trata cuestiones generales con indicación de la problemática. Admite la posibilidad de que las muy numerosas piezas con números sean contabilidades de comerciantes con sus clientes, jornales de albañiles por obra realizada o apuntes de su trabajo, o bien peajes por paso de ganado en ciertos terrenos; descarta su carácter mágico o lúdico planteado por otros autores.

Siguiendo a A. Canellas, establece una acertada tipología documental de los contenidos de las pizarras: Hay «condiciones sacramentorum» y «declaraciones in iudicio» como documentos dispositivos públicos forenses y, dentro de los privados, «cartulae venditionis», «placita», etc.; otros son documentos descriptivos: «vectigalia rerum rusticarum», «distribuciones rei frumentariae», «notitiae cibariae», o narrativos, o ejercicios escolares. Esta resumida

clasificación puede dar idea de la riqueza documental de las pizarras. Aunque fragmentarias, sirven de admirable complemento concreto a las variadas disposiciones legislativas emanadas de los monarcas godos sobre agricultura y ganadería.

Los elementos de escritura y la estructura de la lengua que contienen es el objeto principal de la investigación, desarrollada a lo largo de 250 páginas. Detecta la autora tipos que aún participan de la nueva cursiva común romana y otros que adelantan la formación de la cursiva visigótica. La cronología de estos documentos abarca desde inicios del s. VI hasta mediados del VIII; por tanto, puede seguirse la evolución ofrecida por letras, nexos y abreviaturas a lo largo de más de dos siglos. El latín que muestran se halla en una etapa evolutiva del más alto interés; coinciden rasgos de la lengua culta expresados en grafías y usos morfológicos y sintácticos normales con otros que ya evolucionan de la lengua vulgar a la romance, como la sustitución progresiva del régimen de casos por el de preposiciones o la diptongación de vocales breves. ¿Es posible, se pregunta, trazar una línea divisoria entre la latinidad o no latinidad de estos textos? Y se responde al reconocer que la lengua es ya esencialmente diferente en aspectos fonológicos, morfológicos y sintácticos. La evolución lingüística que conduce a aquellos «primeros vagidos» del castellano estudiados por Menéndez Pidal, se encuentra aquí apuntada con varios siglos de adelanto.

No es menor la utilidad que la puesta en orden realizada por I. Velázquez prestará a los historiadores del período hispanovisigodo. El conjunto de las pizarras nos presenta jirones de una sociedad rural que vive de la agricultura y la ganadería en un sistema estratificado. No hay que olvidar que la zona de hallazgos se circunscribe a tierras enmarcadas en tres provincias castellano-extremeñas. Mas, por otros indicios, la situación en las demás regiones hispanas no debía ser muy diferente. Se refieren los documentos a tierras de cereales, mencionando repartos de trigo y cebada; hablan de vides y huertas con cultivos de fresas, de oficios rurales como el segador y el aguador.

El cultivo de autoabastecimiento parece ser el modo de vida predominante, completado con la ganadería, a la que aluden insistentemente los textos: pastizales, cercas, vacas, novillos, ovejas, cerdos, lana, etc. en una ocasión, el listado de animales según su edad permite coleccionar una explotación ganadera de cierta entidad.

La sociedad rural descrita está formada por «poseedores», que pueden parcelar y vender sus tierras y ganado, campesinos dependientes, esclavos, jueces, clérigos, etc. En las transacciones predomina el trueque y, aunque también se menciona la moneda, parece tener un papel de cuenta. Muy rica es la lista de nombres de personas transmitidos por las pizarras. Los de origen germánico se alternan con los hispanorromanos en los mismos documentos, lo que da idea de una sociedad ya entremezclada y en proceso de unificación.

Una pervivencia de la cultura clásica matizada con la penetración del cristianismo se deduce de algunos ejercicios escolares y de la proliferación de cruces y crismones en el inicio de muchos textos públicos o privados. Parece que se aprendía a leer en las escuelas con el libro de los salmos y las sentencias de Catón.

La investigación sobre las pizarras visigodas sigue abierta y, sin duda, vendrán aclaraciones sobre los otros tipos que I. Velázquez no aborda. Pero su obra ha realizado la tarea más urgente y merecedora del agradecimiento de quienes historian la lengua latina o el mundo visigodo. El solo reparo que nos atrevemos a plantear es el deficiente resultado de las láminas; un fotógrafo especializado podría vencer las dificultades reales que presentan los escritos en pizarra.

LUIS BALMASEDA

Museo Arqueológico Nacional.

CONVOCATORIA DE CONGRESOS

I Congreso de Arqueología Peninsular (Oporto, 13-17 Octubre de 1993. Preinscripción antes del 30 de 1992). Secretario Vitor Oliveira Jorge. Sociedade Portuguesa de Antropologia y Etnologia. Faculdade de Ciencias. Praça Gomes Teixeira. 4000 Porto. Portugal.